LEYENDAS ECUATORIANAS – VARIOS AUTORES

LEYENDAS DE LA COSTA

EL HADA DE SANTA ANA

J. Gabriel Pino Roca

Recién fundada Guayaquil por el capitán Orellana, al pie del Santa Ana, era este designado simplemente con el nombre de Cerrito Verde. Tal consta con las antiguas historias sobre esta región, como en algunos informes remitidos a España por sus primeros colonizadores. ¿De dónde, pues, y desde cuándo le vino el nombre que hoy tiene? Cuestioncilla era esta que no dejaba de intrigarme: ávido, siempre por descubrir el motivo que tuvieron los primeros pobladores de mi amadísimo terruño para dar tal o cual denominación a este u otro lugar.

Mi curiosidad respecto del Santa Ana se ha visto satisfecha inesperadamente, debido al conocimiento casual que trabé con una negra vieja, lavandera de oficio, legítima ciudaviejeña, que habita allá arriba en el cerro, por onde quedan las cirguelas ---dice ella--- “en ese cerro, en que vivieron los primeros, todos los negros, mis antepasados, con permiso de los padres de Santo Domingo, que de ellos decían hasta hace poco que era el cerro, que ahora no más oigo ecir que’s de la municipalidá”

La conga, que me resultó ser una insigne memorista, me puso al corriente, en un dos por tres, de lo que oyó contar a su abuela, la que, a su vez, refería a la propia acerca del Santa Ana, guiso que ofrezco hoy al apetito del público, condimentado con la salsa que reputo indispensable para que tenga más sabor.

En tiempos inmemoriales y muchísimo antes que los huancavilcas, vivió en la península que forman el Guayas y el Estero Salado cierto pueblo de hombres hercúleos, de negra y luenga cabellera, gobernado por un rey de aspecto taciturno, que tenía una desmedida ambición de riquezas. Por satisfacerla, habían recorrido sus súbditos casi todos los países del continente, haciendo la guerra a sus moradores, y, a raíz de cada violeta, ponían a las plantas de su insaciable monarca los nobles metales, piedras preciosas, joyas y objetos de arte de que se despojaban a los vencidos. De esta suerte sembraron el terror en muchas partes, exterminando razas, incendiando ciudades, talando campos y reduciendo a todos a la miseria; eran fuertes y numerosos que jamás pudieron ser vencidos. Así, a costa de la más descarada rapiña, llego a ser el jefe de estos indomables guerreros uno de los hombres más ricos sobre la tierra.

En la cumbre del cerro se alzaba su palacio, más suntuoso que el del gran Salomón.

Estaba construido con grandes lozas de ricos jaspes y pulidos mármoles que, vistos de lejos, y bañados por la luz del sol, semejaban el más puro cristal. Su techumbre era de plata bruñida, el puente levadizo, del oro más puro; sus torres, de nácar, las paredes de selectas y odoríferas maderas, sembradas de artísticas labores, ejecutadas primorosamente con incomparables brillantes y zafiros. La portada principal era de pórfido, y en sus frisos y columnas campeaban caprichosos dibujos, formados con singulares perlas y esmeraldas. La guardaban cuatro enormes leones de oro macizos, cuyos ojos eran los mayores rubíes que se hayan conocido.

Dos amplias escaleras de granito conducían al palacio desde la planicie y, entre una y otra, se extendían varías terrazas, que eran otros tantos encantadores jardines, con fuentes y surtidores de oro y plata. Con todo, el ambicioso rey no se sentía harto, y ordenaba día a día nuevas expediciones contra los más lejanos estados, para saquear sus tesoros no obstante los ruegos de su bellísima hija, que comprendía que el Cielo, irritado de la insaciable avaricia de su padre, descargaría sobre este y su casa, de un momento a otro, un terrible castigo.

¡No tardaron en cumplirse todos los recelos de la joven! Un día, amaneció enferma de muerte; sentía que la sangre se le paralizaba en las venas y que el cuerpo se le iba enfriando poco a poco. Avisado el padre, quien la tenía en gran idolatría, del desesperante estado de su hija, mandó a buscar, preso de la mayor angustia, a un famoso encantador que vivía retirado del mundo, en una gruta que había a media altura del picacho que queda allende el Salado. Se contaba de él que únicamente se alimentaba de yerbas y agua fresca que tomaba de un manantial que brotaba por allí cerca.

Cuando le tuvo en su presencia:

--- Oye ---le dijo---, salva a mi hija de mis amores, y te haré rico y poderoso.

--- No apetezco riquezas materiales ---reparó el mago, meneando la cabeza---, porque al tenerla es casi siempre causa, como en el caso tuyo, de que a los hombres se les tuerza el corazón. Solo hay un medio de salvar a tu hija, la princesa, y este consiste, precisamente, en que restituyas a la brevedad posible a sus legítimos dueños todo aquello de que los has privado indebidamente. Elige entre la salud de tu bella hija y tu necio orgullo.

--- Mientes, bellaco ---grito el rey, montando en cólera.

--- No hay otro remedio ---confirmó el encantador.

--- Pues, que muera mi hija ---exclamó el avaro--- antes de perder mi enorme fortuna; pero tú, brujo maldito, la acompañarás al otro mundo ---agregó, descolgando un hacha de oro que pendía de la pared y lanzándose sobre el mago, dispuesto a hundírsela en el cráneo; más este, convirtiéndose en una columna de humo, se escapó por la ventana abierta de la cámara, en tanto una voz que hizo temblar el edificio desde sus cimientos dejaba oír esta espantosa sentencia:

--- Puesto que tú has preferido la posesión de vil metal a la salud de tu hija, te condeno a desaparecer con ella y tus tesoros de la superficie de la tierra, y a vivir sin vivir, dentro de sus entrañas, hasta que quiera tu buena estrella que, en la aparición que haga de hoy en adelante cada siglo, y, tal como hoy, tu bella hija, entre los hombres, se dé con uno que, de mejores sentimientos que tú, se decida por su hermosura y no por el maldito contenido de tus arcas.

No acababa de perderse en el vacío el eco de estas palabras, cuando se produjo un ruido espantoso, la colina se abrió y sepulto en su seno el magnífico alcázar con sus jardines y graderías, quedando, al cerrarse, desprovista de todo vestigio que indicase la grandeza que por tantos años había sustentada. En seguida, se cubrió de apretada vegetación. Así la encontraron los huancavilcas cuando, después de su larga peregrinación por el continente, fijaron al pie de ella su principal residencia.

Corría el año 1544. Guayaquil, la fundación de Orellana, contaba apenas con siete años de existencia, y los primeros colonos, tranquilizados los indios, empezaban a hacer vida de paz. El villorrio se componía de quince casitas y una humilde capilla al cuidado, esta última de un anciano dominico que vino a América con los Pizarro y se había prestado voluntariamente a sostener el culto en la localidad. Los huancavilcas, que se habían

reducido al servicio de los españoles, enseñaban a estos el cultivo de los frutos de la tierra, a conocer las propiedades de las hierbas medicinales, a encontrar seguras vías de comunicación con los otros lugares de la Sierra y de la Costa. A la hora del descanso, entretenían a sus nuevos señores con las referencias que de sus fiestas y guerras pasadas les hacían, o con las divertidas historias de sus antiguos príncipes y mohanes.

Durante una hermosa noche de luna, se hallaban frente a la estrella de una de las mejores casitas cuatro hombres, atentos al relato que les hacía un joven indio, muy ladino, que ya había llegado a dominar bastante bien el castellano. De pronto, vino a interrumpirlos un extraño y prolongado ruido que parecía proceder de lo alto. Era como el rechinar de una pesada puerta, luego, cual es resbalar de gruesas cadenas sobre ruedas dentadas, semejando también, de cuando en cuando, al rugido del león, o a los ayes y alaridos que deben exhalar los condenados. Luego reinó el silencio de antes. El huancavilca, no bien se inició ese fenómeno, dobló la cabeza sobre el pecho y, ocultando el rostro entre las manos, permaneció inmóvil en esta actitud.

--- ¿Qué te pasa, Amayo? ---interrogaron todos a la vez, vueltos de la sorpresa en que ellos también causara el intempestivo ruido---. ¿Por qué te aterras? Esa deber ser la voz de un volcán cercano.

--- No es volcán ---arguyó el indio---. Es el anuncio de que el hada va a aparecer allá arriba en el cerro. Mis padres me dijeron que la otra vez se dejó oír igual anuncio.

Entonces, se puso a contar la fábula que en su pueblo venía transmitiéndose de generación en generación. Habló del rey avaro, de su inmenso tesoro, y de cómo le había castigado, por falta de amor a su propia hija, el poderoso encantador, pero no quiso o no supo explicar lo que este último pronosticara acerca de los sentimientos que debían animar al que se le ofreciese ocasión de ponerse al alcance de tanta dicha. Cuando Amayo terminó su fantástica relación, los ojos del más joven de sus oyentes brillaban con intenso fulgor.

El teniente Nino Lecumberri era, indiscutiblemente, hombre nacido bajo muy mala estrella. Vino a América, de los primeros, y le tocó siempre ser en el rudo batallar; mas, en horas de reparto, de los de llegar a última hora. Dado al diablo, se vino a Guayaquil apenas se dijo que los huancavilcas eran guardosos de ricos metales, y que se trataba de su completa reducción. Sucedió que era así (la suerte seguía dándole contra), y el desgraciado, con un nuevo desengaño a cuestas, se estaba pudriendo en casa de un colono, su paisano, a quién debía, para no morir, mesa y cama. De manera que al escuchar la historia del valioso tesoro que encerraba el cerrito verde, se sintió asaltado por una idea salvadora. Él iría al encuentro de esa hada que decían y, con toda seguridad, le arrancaría parte de su encomienda. ¿Para qué habían de querer las hadas, que viven del y en el aire, oro y plata? ¿Y por qué no conmover a esa del cerro, que tanto tenía?

En estas o parecidas cavilaciones se pasó en vela noche entera. No bien rayó el alba, abandonó el lecho, ciñó la espada y, saliendo del poblado, empezó a remontar el cerro, abriéndose camino por donde no lo había. Al alcanzar la cima, encontró un corpulento roble y, junto al tronco, una gran piedra dispuesta a manera de banco, que invitaba a descansar. Algo fatigado, se sentó y, entonces, sin saber de dónde pudiera haber salido, se presento a su vista una bellísima joven cubierta de flotantes vestiduras de sutilísima seda, suelta la dorada cabellera y sembrada de menudas flores. Llevaba al cuello un sartal

de piedras blancas que despedían relumbrantes destellos, y se apoyaba en una varita de plata, coronada por una hermosa piedra roja.

--- Sígueme sin hablar si no eres cobarde ---dijo al absorto teniente.

Se puso ese de pie decididamente para indicar a la aparecida que estaba dispuesto a hacerlo.

El hada emprendió el descenso del cerro por la parte contraria a la ciudad, seguida de su atrevido acompañante, que no cesaba de admirar como esta, al andar, casi no ponía las platas en el suelo. De pronto, se detuvo frente a una cueva abierta en el centro, no sin volver antes la cara atrás para cerciorarse de que el joven la seguía, y animarlo con una encantadora sonrisa. Nuestro héroe franqueó la negra entrada con toda resolución. ¡Cosa extraña, el socavón se iluminó repentinamente, a un golpe que dio contra el suelo la varita del hada, y el bravo hijo de Marte pudo ver que se hallaban frente a una escalera de mármol! Bajaron y penetraron en una regia cámara bañada por la clara luz que conducían allí cuatro claraboyas. Las paredes eran planchas de plata y oro, y en cada esquina de la estancia, sobre artístico zócalo, descansaban otras tantas urnas de cristal rellenas de infinidad de piedras preciosas, de todo tamaño y color. En el centro había un amplio diván, cubierto de raras piedras, en el que dormía un viejo rey de blanquísima barba. Llevaba pesada corona, ceñida a la sien, y abrazaba contra el pecho un hacha de oro. A sus pies y cabeza, cuatro majestuosos leones del mismo metal parecían guardar su tranquilo sueño.

El español estaba estupefacto, jamás imaginó que pudiera haber junta tanta riqueza. Paseaba la vista rápidamente de un lado a otro, sin saber en qué fijar su atención. La dulce y melodiosa voz del hada lo sacó de su arrobamiento con estas palabras:

--- Afortunado mortal, que has llegado hasta aquí valerosamente, digno eres de ser recompensado, y vas a serlo. Todas esas preciosidades podrán ser tuyas o, si prefieres, puedes elegirme a mí como galardón de tu proeza. Yo cuidaré de tu existencia, disiparé tus penas, y seré tu inseparable y constante compañera en la ruda batalla por la vida y, cuando mueras, te llevaré a los campos de la luz eterna, donde todo es dulzura y alegría. Por una compañera así, vale bien desdeñar todo el oro del mundo. Decídete por mí --- insinuó casi en tono de súplica, fijando en el soldado sus encantadores ojos.

--- Sabes, cara bonita ---respondió el aludido, sin trepidar---, me voy al tesoro, con él me irá mejor entre los hombres que contigo. Tú está bien aquí en la cueva, allá abajo te iría muy mal, y hasta te expondrías a que te quemen por hechicera. Venga al tesoro, y dime pronto cómo pudiera llevármelo.

No acabó de pronunciar estas frases cuando se pobló la cámara de mil sonidos infernales: lamentos, gritos de desesperación, maldiciones. Abrió los ojos (dos ascuas de fuego) el rey dormido e, incorporándose en el lecho, dejó escapar un profundo suspiro y, con voz de trueno, increpó de esta manera al aterrado teniente que había caído de rodillas.

--- Mísero, todo lo has perdido, y has vuelto, así, a condenarme a penas infinitas. Si, menos ambicioso, te hubieses decidido por el hada, mi hija, todo lo que aquí ves hubiera sido suyo, y yo habría descansado de los tormentos que por el mismo pecado tuyo tanto tiempo devoro. Maldito, ahora debo seguir viviendo sin vivir otros cien años; pero a fe que no será solo, tú lo harás conmigo, en castigo de tus desmedidas ansias ---y el rey hizo un movimiento para ponerse en pie y aprisionar las manos del joven, que las mantenía en actitud suplicante. Este se creyó irremediablemente perdido ante el aspecto aterrador del rey, pero acordándose de los milagros que se decía hechos allá en su tierra de Tudela de Navarra, mediante la invocación de su santa patrona:

--- ¡Mi madre Santa Ana! ¡Auxilio! ---clamó lleno de fe.

Un violento sacudimiento sucedió a esta fervorosa súplica, le pareció que todo se derrumbaba y se envolvía en la más negra noche, que una fuerza superior lo arrebataba, depositándolo suavemente sobre la superficie de la tierra.

Pasaron algunos instantes; el cuerpo recuperó sus perdidas fuerzas, se le tranquilizó el corazón, que parecía haber querido saltar del pecho, abrió lentamente los pesados párpados y..., ¡oh sorpresa indescriptible!, se encontró en la cumbre del cerrito bajo el añejo roble, junto al banco de piedra. Comprendió el motivo de su salvación, elevó sus ojos al cielo para darle gracias y, al hacerlo, observó que sobre la blanca nube ascendió velozmente una hermosa señora, de pardas vestiduras y alba toca, circundada de estrellas.

--- ¡Bendita sea madre de María! ---gritó, reuniendo todas sus fuerzas y extendiendo sus brazos hacia la bella aparición. Luego, bajó el cerrito a grandes saltos y entró a la ciudad en carrera desalada...

Sorprendidos quedaron los colonos de Guayaquil con el singular sucedido que repetía una y otra vez, con loco entusiasmo y fervor, el teniente de Lecumberri, quien, días después, hacía labrar una cruz descomunal, en cuyos brazos se leía el sombre de Santa Ana, y fue a colocarla en la parte más elevada del cerro, allí donde, según él, se hallaba el roble, el que, por mucha diligencia que se hizo, no pudo ser hallado como tampoco la entrada de la cueva, en lo que se puso, desde luego, mayor empeño.

Desde entonces, se denominó a este cerrito verde Santa Ana, nombre con el que se le conoce hasta nuestros días.

LA PROCESIÓN DE LAS ÁNIMAS

J. Gabriel Pìno Roca

Es incuestionable que las benditas ánimas del Purgatorio tuvieron, durante el coloniaje, marcada predilección por los países de la América española. Conforme a lo que dijeron y escribieron innumerables y respetables testigos de la época, estas aparecían y se paseaban por las principales villas y ciudades del continente en altas horas de la noche,

entrando procesionalmente en iglesias y saliendo de súbito, a la vuelta de una esquina, a cualquier trasnochador, implorándole, con un cavernoso canturreo ---que en el silencio de la hora llegaba claramente hasta el interior de las casas vecinas al lugar---, que les acortasen su penar.

Quienes tuvieron tan intempestivo y desagradable encuentro referían, repuestos del susto consiguiente que el cuerpo de estas extrañas visitantes de ultratumba era algo impreciso; decían que sus rostros, de desesperante palidez, revelaban angustias de muerte, y que sus ojos eran como hierro candente. Llevaban sobre las cabezas largos cucuruchos blancos, y eran del mismo color las largas y vaporosas mantas en que se envolvían. Por entre sus pliegues asomaban manos huesosas que sostenían grandes cirios coronados por una luz mortecina, y, al desfilar pausadamente, repetían en tono sepulcral: “Rogad a Dios, hermanos, por el rescate de las almas que están en el Purgatorio” ¡Brrrrr… qué frío!

De esta suerte, se presentaron en Bogotá, Quito. Lima, el Cuzco, Trujillo, Arequipa, etc., y también en esta noble y leal ciudad de Santiago de Guayaquil, inspirando, desde su primer asomo, respetuosa devoción en las clases superiores, y miedo cerval en la masa del pueblo.

En todas partes se establecieron congregaciones especiales, encargadas de recoger limosnas para aplicarlas a misas y novenas por la pronta redención de sus necesidades, llegando a tener tal auge y respetabilidad tales cofradías que fue título social el ejercer sus sindicaturas. Había día determinado en la semana en que, al sol de campanillas, se salía por las calles a recoger las consabidas dádivas. Aquí, hasta hace poco, subía a las casas uno de esos limosneros con un platillo contrahecho en plata, en el cual, sobre el borde y a derecha e izquierda de una pequeña cruz, se veían dos figurillas envueltas en llamas, en actitud de implorar. Tal sujeto, antes de llegar al término de la escalera, endilgaba la siguiente muletilla: “Alabado sea el santísimo: una bendita caridad para las ánimas del Purgatorio”. La tradicional costumbre ha caído en desuso.

Las ánimas, en cambio, intercedían ante la Corte Celestial, obteniendo para sus devotos no pocas gracias y milagros. Largo y cansado sería el enumerar los muchos que se les atribuía en Guayaquil, y como para muestra basta un botón, allá van dos, de diversa índole y de lo más sustancioso.

Conocida era en todo el corregimiento la muy gran devoción que por las ánimas benditas tenía el caballero don Silvestre Florencia y Barriento y toda su larga familia. El susodicho llevaba hechas a la cofradía apreciables limosnas, y era semanal la misa que hacía celebrar en la iglesia de San Francisco por la pronta liberación de todas ellas. Un buen día, cayó mi hombre en cama con ansias de muerte, quitándole la respiración, agravando su triste situación los copiosos vómitos y frecuentes accesos de tos. El protomédico y dos galenos más, o sea, todo el cuerpo de matasanos de la ciudad, llamados a junta, declararon, después de corta deliberación, que te trataba de nada menos que de cólico miserere y que, no pudiendo el paciente tragar la bala a causa de las arcadas y golpes de tos, el caso era fatalmente perdido, y que a don Silvestre se le enfriaría el cielo de la boca antes de dos horas.

Debo satisfacer la natural curiosidad de mis amables lectores explicándoles lo que los discípulos de Hipócrates, en aquel siglo, llamaban tragarse bala. Era, ni más ni menos, que engullirse una bola de plomo del tamaño de un coquito de Chle. Estas no podían faltar, bajo penas gravísimas, en ninguna botica para recurso tan apremiante. Las había de una onza y de media onza de peso. Pretendía la ciencia de ese entonces que el cólico miserere no era otra cosa que la torcedura de alguna tripa, de modo que lo único que podía volverla a la normalidad era un objeto pesado que, pasando por su interior, la obligase a desenvolverse. Si el plomo salía por el otro extremo, estaba salvado el

paciente, sino se iba al hoyo con la bala adentro, pagando entonces su familia al boticario un peso en lugar de cuatro reales, que era lo que costaba su importante servicio.

En apremio tal, la atribuida esposa de don Silvestre hizo encender ocho ceras ante el cuadro de las ánimas que había en San Francisco, solicitando fervorosamente su intervención; y ello fue que, contra el fatal diagnóstico de los galenos, y únicamente aplicándole al moribundo cataplasmas calientes de linaza sobre el pecho y ayudas de conocimiento de verbena, el sentenciado estuvo en pie, al tercer día, con asombro de todo el vecindario.

José del Valle, natural del Morro, era campesino de oficio y ducho en construcciones navales. Había logrado amasar algunos cuartos, con los que adquirió una pequeña propiedad en su pueblo. Tenía gran devoción por las benditas ánimas. No había misa que se celebrara en obsequio de ellas a que él dejara de asistir, y cada sábado hacía arder una vela en sufragio de ellas. Trasladado a Guayaquil para trabajar en los astilleros reales, pudo después de un tiempo, mediante rigurosa economía, comprar un pequeño solar cerca al puerto de la marina, sobre las faldas del cerro, que cercó y sobre el cual levantó una buena covacha, tomando dinero a interés con garantía de su finca en el Morro. Pero los oficiales reales suspendieron de contado, y por razones que permanecieron ignoradas, las construcciones navales; por lo que el artesano se vio con angustias mortales, no iba a poder pagar su deuda en el plazo estipulado. Su acreedor era de aquellos prestamistas que no aguantaban pulgas. Desesperado, imploraba el pobre el auxilio de las benditas ánimas. Este no se hizo esperar, pues una noche soñó que dos ánimas se acercaban a su lecho y le decían al oído: “Andrés..., Andrés..., cava al pie del viejo tamarindo qye hay en tu patio, y tus angustias cesarán...”. El honrado artesano, no bien rayó la aurora, se puso a la obra, y, a poco de excavar tierra, dio con un cántaro de barro lleno de onzas de oro, con lo que no solo saldó su deuda, sino que acrecentó notablemente su fortuna.

Las ánimas se presentaban en Guayaquil, regularmente, a las doce de la noche, en las plazoletas de las iglesias y, con mayor frecuencia, en la de San Francisco. También se las había visto por las inmediaciones de la Aduana Real, por lo que algunos deducían que, entre ellas, habría sujetos que en vida tuvieron que hacer con tales dependencias.

Era Iñigo Verdejo, oriundo de Villanueva del Rebollar, de la diócesis de Zaragoza en el reino de Aragón, habilísimo herrero y fundido, mozo de 25 años, alto fornido y de un valor rayano en la temeridad; pero, por otra parte, tributario fanático del librito de las cuarenta horas y diestrísimo cubiletero de las muelas de Santa Apolonia, motivos por los cuales, cuando su buena estrella se volvió de rabo, allá en la tres veces coronada Ciudad de los Reyes, se quedó sin un cuarto, de los muchos que ganara fundiendo campanas en varios lugares, vaciando anclas y forjando cadenas y herrajes en la maestranza del Callao, para los buques de la Real Armada. Fue entonces cuando vino a Guayaquil y se puso a trabajar con provecho en el puerto de la marina. Pero seguía de mala, y aquí como en Lima no le calentaban los pechos el bolsillo.

--- ¡Voto al chápiro verde! ---exclamó una noche que, entre trago y trago, oía repetir lo del hallazgo del maestro Andrés por revelación de las ánimas---. Si aquellas buenas saben donde hay tesoros escondidos, me lo han de decir, que yo, después y en pago, he de

rezarles todas las oraciones que quieran y necesiten. ¡Como no se escondan mañana, se las entenderán conmigo!

Y, tal como lo dijo y concibió, lo puso en obra al día siguiente.

Entrada la noche y cuando todos los portones de las casas estuvieron cerrados, y la plaza desierta y oscura como boca de horno ---pues, no quedaba en ella más luz que la que despedía una lámpara de aceite colocada al pie de una hornacina que encerraba una figura de madera, simulacro del Santo Padre de Asís, a poca altura y cerca de un farolillo y varias velas de sebo---, atravesó con paso firme la plazoleta, hasta alcanzar una de las espinas del pretil formando por grandes ladrillos rojos. En aquel lugar se levantaba entonces un humilladero, como se ve hasta ahora, cercano a casi todas las iglesias en el interior de nuestro país.

Era el de nuestra referencia, una gran cruz de madera de roble, sostenida por un pedestal de piedra formado por cuadro amplios escalones.

El impávido hijo de Villanueva de Rebollar avanzó hasta la cruz, fijó un clavo a cierta altura del madero, colgó de él su farolillo, encendió la vela, sacó un frasco del bolsillo de la chaqueta y se metió un buen trago entre pecho y espalda. Luego desprendió del cinto una reluciente navaja gaditana, la abrió y, sentándose sobre el tercer escalón, la colocó a su lado y se puso a tararear una vieja canción de sus montañas, remojan de tiempo en tiempo el gaznate.

Así en espera de la aparición de las señoras ánimas, se quedó medio dormido.

De pronto, despertó oyendo un murmullo de voces que se acercaban, eran… ¡las ánimas!... tal y como se las habían pintado. Venía en larga procesión unas tras otras, y se encaminaban al sitio en que él se encontraba. Paseando su vista sobre la larga hilera, le pareció como si fueran unas cuarenta.

--- ¡Ca… nastos! ---se dijo, enderezándose en el asiento, y echando mano de la nava---. La cosa ha sido cierta y me place, porque esa buena gente me dice ahora dónde hay dinero oculto, o se las tiene conmigo, que no soy manco.

La primera ánima llegó y se detuvo al pie del humilladero, a un paso de distancia del guapo aragonés, que se había puesto de pie y, descubriendo el rostro cadavérico, clavó los ojos, que eran dos ascuas, en Iñigo Verdejo, implorándole en una voz gangosa:

--- Rogad a Dios, cristiano, por las pobres ánimas del Purgatorio.

A lo que este le contestó rápido y sin inmutarse:

--- Mire, hermanita, yo rogaré con gusto por vuestras mercedes todo lo que quieran y sea de su agrado; diré diariamente cuantos padrenuestros y avemarías tengan a bien andar, y hasta rezaré misas si se les antoja; pero, antes, me dicen sus señorías, como lo hicieron con el buen maestro Andrés, donde hay oro o plata enterrados, de los que también tengo yo urgencia suma, o con esta navajita, que es milagrosa, las saco yo a todas ahora mismo del Purgatorio y las despachó a los mismísimos infiernos ---y, blandiendo el arma, continuó imperativo---: ¡Ea, en que quedamos! ¡Usirías tienen la palabra!

No acababa de pronunciar esta frase blasfema cuando sintió, sobre la suya, una mano de fuego que le hizo soltar la navaja, escuchando al mismo tiempo esta tremenda sentencia:

--- ¡Descreído! ¡Impío! ¡Blasfemo!... ¡Mientras que un sincero arrepentimiento y una vida ejemplar no te rescate de las puertas del Averno, a cuyos umbrales te encuentras, sentirás esa mano sacrílega envuelta en el mismo fuego que nos abrasa!

El desgraciado en efecto sentía que un volcán le devoraba la mano de que cayera la navaja. Por primera vez lo dominó un terror, pánico… Quiso correr, mas sus pies estaba yertos…, su cuerpo se bamboleó y rodó por el suelo privado de sentido.

Volvió en sí cuando las campanas llamaban a los fieles a misa matinal y se abrían, para darles paso, las puertas de la iglesia de San Francisco, a la que Iñigo Verdejo, pálido y tembloroso, entró en carrera desalada, pidiendo a gritos confesión. Se la oyó el padre guardián, sujeto de gran virtud, quien, luego de escuchar el fiel relato del ejemplarizador suceso con las ánimas benditas, calmó los mortales dolores del converso, sumergiéndole la mano en agua bendita.

Iñigo Verdejo no volvió a salir del convento, en que vistió el habito de donado. Encerrado en el más absoluto silencio, se le veía entregado a los quehaceres del culto; por eso lo llamaban “el lego mudo”, otros, “el hermano Panchito”, pues dejó su nombre para tomar el del seráfico fundador de la orden. Todo momento libre que tenía lo pasaba arrodillado en fervorosa súplica al gran cuadro de las ánimas, que colgaba de una de las paredes de la iglesia. Vivió así muchos años, alcanzado edad avanzada, y, después de sus días, se aseguraba que había muerto en olor de santidad. ¡No era para menos!

LA DAMA TAPADA (LEYENDA GUAYAQUILEÑA)

Modesto Chávez Franco

No se ganaba en Guayaquil el rumboso título de tunante, por los años 1700, quien no se había seguido siquiera una vez a la Tapada, en alta noche por los callejones y vericuetos, por los cuales llevaba ella a sus dispuestos galanes.

Nunca se la veía antes de las doce ni jamás nadie oyó, en la aventura de seguirla, las campanadas del alba, a las cuatro de la madrugada.

¿De dónde salía la Tapada? Nunca se supo; pero el trasnochador de doce y pico que se entretuviese por alguna de los callejones de Alonzo o la Cruz del Ahorcado o la Valería, el Descomulgado o la Curtiembre, por Chínguere o la Encrucijada, y pasando las ruinas de la Muralla, por dónde hoy Junín se toma hacia el Bajo, de seguro que el rato menos pensado tenía andando delante de sí a dos varas invariables, siempre como al alcance de la mano pero nunca alcanzable, a una mujer de gentilísimo andar, cuerpo esbeltísimo, que, aunque siempre cubierta la cabeza con mantilla, manta o velo, revelaba su juventud y belleza, y a cuyo paso quedaba un ambiente de suavísimo perfume a nardos o violetas, reseda o galán de noche.

Todo galanteador, fuese viejo verde o joven sarmiento, se sentía irresistiblemente atraído e inspirado para dirigirle piropos. Ella delante y él detrás, camina y camina, sin que ella alterara su ritmo; pero sin dejarse nunca alcanza ni disminuir la distancia de una vara a lo sumo, no se sabía bajo qué influencia el acosador no podía avanzar a franquear esa distancia.

Camina y camina, la damita cruzaba célere con la pericia de una buena conocedora de los vericuetos, siempre por callejones y encrucijadas, sin franquearse a calles anchas. Zas... zas... las almidonadas arandelas de su pollera, unas veces. Suas... suas... suas... los restregos de sus sayas de tafetán, otras; pues nunca se repetían sus trajes, salvo la manta o el velo.

Solo pequeño esguinces de su gallardas cabeza, como animando a seguirla, solo algo así como el eco imperceptible de una ahogada sonrisa juvenil eran los acicates del galán que se obstinase en seguir a caza tan difícil. Y cosa curiosa: a su paso, los rondines dormían si alguno estaba en la calle, y nadie que viniere de frente parecía verla; la visión era solo para el persecutor, que ya perdida la cabeza y el rumbo, seguía inconsciente, hipnotizado, cruzando callejas y callejas sin saber por dónde ni hacía dónde le llevaban su curiosidad o malicia y el irresistible imán que lo precedía.

Cuando de pronto, la tapada se detenía a raya. Daba media vuelta de precisión militar y, se levantó el velo que cubría su faz, no decía sino estas frases:

--- Ya me ve usted cómo soy… Ahora, si quiere seguir siga…

Y el rostro tan lindamente supuesto, se mostraba en verdad bellísimo, fino, aristocrático, blanco, sonrosado, fresco, griego, magnífico; pero todo era una visión de un segundo. Inmediatamente, todas las facciones iban desapareciendo como en instantánea descomposición cadavérica: a los bellísimos ojos sucedían grandes cuencas que a poco fosforescían como en azufre; a los lindos labios, las descarnadas encías; a las mejillas, los huesos; hasta que totalizada la calavera un chocar macabro de crótalos eran las mandíbulas de salteados dientes. Y un creciente olor a cadaverina reemplazaba la cauda de aromas anteriores.

Otra media vuelta de la dama; el que alcanzara a verla la hubiera visto como evaporarse al llegar a la vieja casa abandonada de don Javier Matute, calle del Bajo, junto al callejón del Mate, después de Roditi. El que no alcanzaba a ver esto allí quedaba paralizado y tembleque, pelipuntiparado, sudorifrío y baboso, o loco o muerto. Solo el que la había visto a la Tapada podía adquirir el rumboso título de tunante.

Y agrega la leyenda que el alma en pena, era de una bella, que en vida había abusado del comercio de la carne, sin ser carnicera.

EL ATAÚD AMBULANTE

J. Gabriel Pino Roca

Como el primer destello de los mecheros de gas, desaparecieron por encanto las brujas, almas en pena, hada y duendes que, desde su fundación, hicieron de la muy noble y muy leal Guayaquil, morada predilecta. El fantasma de la Calle Real, la Viuda del Tamarindo, la procesión de las ánimas, el hada del Santa Ana, etc. Todas estas ciudadanas del otro barrio, cuyas frecuentes apariciones en nuestro pueblo constataron una y otra vez nuestros respetabilísimos antepasados, se han ido para no volver; lo que lamento es que seguros más de un prójimo, que ha puesto en cuarentena su conciencia, dejaría malas mañas y se tornaría en fraile, si al volver a casa, entradita la noche, se diera de sopetón con algún bulto blanco, sintiese una mano huesosa y fría que lo sujetase del brazo, y oyese una voz cavernosa que le dijese: “Déjese de eso, hermano, que por lo menos ando yo en tormento tan espantoso”.

Pero divagaciones a un lado, que ni soy predicador ni es otro el propósito que me trigo el de referir a ustedes la tradición del “ataúd ambulante”, ultima visión que se ausentó de nuestra ría, de que tuvimos focos eléctricos en Durán y barco de guerra con reflector; aunque todavía se deja vez en noche tenebrosas por las orillas del Daule o del Babahoyo, para espanto de lecheros. Y allá va eso, tal y como me lo contó una mamita vieja que dijo saberlo; relató que, en el fondo, está de acuerdo con ciertas apuntaciones del Dr. Francisco Campos, en su interesante librito “Viaje por la provincia de Guayaquil”, publicado en 1877.

La residencia de los antiguos daulis estaba ubicada en los mismos terrenos en que hoy se levanta la simpática cabecera del cantón Daule. Cuando, en busca de camino que saliese a Quito, perdido entre las selvas seculares y detenido en su marcha, a cada paso, por caudalosos ríos, destacó el impávido Alvarado pequeñas columnas de exploración, fue la gente del capitán Benavides la que, bajando en balsas el río, dio con el poblado en referencia, donde halló abundantes provisiones de boca y no escasa cantidad de oro y plata. Los habitantes huyeron a los montes con el primer disparo de arcabuz y no tornaron a sus viviendas hasta no estan ciertos de que los intrusos habían seguido de largo y que se hallaban a muchas jornadas de distancia.

La proeza del gobernador de Guatemala tuvo lugar en 1534. Y hasta 1537, año en que el robusto brazo de don Francisco de Orellana encadenó a la vistosa Guayaquil, que parecía no querer calentar asiento, al pie del cerrito verde, nadie volvió a hollar los dominios de los aguerridos daulis. Mas, con la definitiva fundación de la ciudad, a orillas del río tan caudaloso como el Guayas, se despertó bien pronto entre los colonos el deseo de remontar sus aguas y reconocer las regiones circunvecinas. En una de las muchas excursiones que se organizaron con tal objeto, llegaron los exploradores hasta metrópoli dauleña, desembarcaron en ella y, después de sostener un rudo combate con sus moradores, redujeron a cenizas a muchas cabañas. Las familias indígenas se pasaron entonces a la otra banda del río, y se refugiaron aisladamente entre los bosques que encierra el Magro y el Colimes, evitando la vecindad de los blancos. Con todo, había sonado la hora fatal en que debía cumplirse la profecía del gran Viracocha: ¡los hijos de la tierra están sentenciados a la esclavitud! En breve reaparecieron los dueños del relámpago y el trueno, y construyeron casas sobre los escombros del abandonado hogar dauleño.

Las pintorescas riberas del cristalino río atrajeron, en efecto, la atención de los primeros colonizadores de Guayaquil. Solicitaron y obtuvieron que en el reparto de tierras se les adjudicasen allí algunas caballerías. En las fincas que se formaron en los terrenos que riega el Daule, se plantaron y rindieron fruto los primeros naranjos y limoneros

introducidos en España a esta provincia, los que disputaron el campo al corpulento mango, al próvido cocotero y al exuberante aguacate, reyes de esta zona. En Daule conocieron los europeos, detenidamente, el tabaco, que ha llegado a ser el más popular de los presentes que ofreció la virgen América al Viejo Mundo, y en sus sabanas y lomas, abundantemente regaladas con el jugoso gamalote, vivieron y se multiplicaron las vacas, los primeros toros, caballos y asnos de cría, traídos a nuestra patria desde la Península. El Daule brindó rica fuente de explotación a los colonizadores de Guayaquil.

Chauma era el más acreditado cacique de los daulis. Todo contribuía a hacer de su persona un verdadero ídolo para los suyos: clara estirpe, pues se reputaba descendiente directo del fundador del cacicazgo; orgullo nacional, ya que jamás se avino a acatar gobierno extraño; valor personal, que siempre fue el primero en los combates. No había, en muchas leguas a la redonda, quien le aventajase en el difícil manejo de la honda, nadie quien le superase en el juego de la pesada macana, ninguno que imprimiese mejor dirección a las peligrosas saetas. Honrosas cicatrices adornaban su rojizo cuerpo: tres huellas de flecha en el musculado pecho, recuerdos de porfiados asaltos que intentaron los federados huancavilcas a la isla Puná; dos profundas señales de hiriente cachiporra, en el muslo, alcanzadas en reñido encuentro con los chimbus, y un largo corte de sable en el brazo derecho, prueba elocuente de duelo cuerpo a cuerpo con los advenedizos, constituían título suficiente para que Chauma fuese lo que era: el hombre más venerado de su nación.

Aún dispersos como se hallaban sus vasallos, casi rotos los lazos de la vida social, una sola palabra suya habría bastado a reunir a los guerreros y lanzarlos a nueva lucha. Y, sin embargo, no lo hacía. Era que el dauli, convencido de que todo sacrificio resultaría estéril, había resuelto terminar tranquilamente sus días, allá en el fondo de la selva, apartado de todos, dedicado únicamente al cariño de su hija Mina, la gentil doncella cuya hermosura celebrada el pueblo en tiernas melodías, llamándola Estrella de la Mañana. Solo ella podía adormecer en su pecho el sentimiento de la perdida libertad; de otra suerte, el patriota habría ido a buscar la muerte en el real del odiado enemigo. ¿Para qué había de querer la vida, desposeído de su rango, viendo la patria oprimida?

Así, a su regreso de la villa de los blancos, en la que pasó largos días, y donde él la permitió ir, accediendo a sus repetidas instancias, en junta de otras jóvenes que acompañaban a sus padres, fieles vasallos tratantes de oro, observó Chauma, con inquietud, que la alegría se había borrado del rostro de su hija, y que solo respondía con obstinado silencio a las súplicas que le hacía para que le describiese la causa de su aflicción.

Y pasaban los días, y Mina continuaba melancólica… y crecían los recelos del dauli.

Una noche, rugió con furia la tormenta; el viento gemía entre el ramaje; las aguas del cielo caían a torrente; el trueno retumbaba en las profundidades; el relámpago iluminaba el rincón más oscuro del bosque y el rayo partía con estrépito los corpulentos árboles.

En la cabaña de Chauma, sentados en torno al fuego, escuchaban en respetuoso silencio las voces de la madre naturaleza el cacique, su hija y cinco indios, a quienes sorprendió la tempestad lejos de sus chozas, y que buscaron protección bajo el techo de se señor. De pronto, al fulgor de un relámpago, se abrió con violencia la puerta, y un hombre, mojado de pies a cabeza y tiritando de frío, se lanzo al interior, desplomándose junto al fuego. Los huéspedes, reconocido en él a uno de los hombres blancos, echaron instintivamente mano a sus armas, interrogando al jefe con la mirada; pero el noble guerrero extendió la diestra y dijo con gravedad:

--- Este hombre es sagrado mientras permanezca aquí.

Los otros volvieron a adoptar una actitud tranquila. Mina, en tanto, con la espalda vuelta hacia su padre, y agachada sobre el desfallecido, aplicaba a sus narices ciertas hierbas que fue a sacar del fondo de un coso que colgaba de la pared. Pocos instantes después, se incorporó el extranjero, miró a todas partes como queriendo darse cuenta del sitio en que se hallaba, y al fijar los ojos en la joven, sus facciones denotaron júbilo intenso, y de su pecho se escapó un grito de sorpresa:

--- ¡Mina!... ¡Mina!...

La muchacha se puso lívida, el cacique profirió una interjección salvaje, los cincos indios aprestaron las hachas de cobre.

--- ¿Quién es ese hombre y cómo te conoce? ---interrogó Chauma.

--- Te lo diré ---repuso Mina con firmeza---, una vez que se marche esa gente: es un secreto que nada les importa.

--- Salid vosotros ---ordenó Chauma con imperio, dirigiéndose al grupo.

Los indios recogieron sus arreos y desfilaron por la entreabierta puerta.

--- Ahora, habla ---insistió el cacique.

--- Oye, padre mío ---contestó Mina vacilante---. Caiga tu cólera sobre mi, pero perdónalo a él, porque lo amo.

--- ¿Qué dices? ¡Infame! ---exclamó el dauli, y un estremecimiento de ira recorrió todo su cuerpo.

Mina se precipitó sobre su padre, le asió ambas rodillas y prosiguió:

--- Escucha..., escucha; luego sentencia. Bien sabes que no hubo hombre de nuestra raza que pasase al pueblo de los blancos a cambiar oro y que, al volver, no llegase a tu puerta para ofrecerte algún objeto de los que allí consiguió. De esos traficantes escuché siempre con agrado los relatos que hacían de la vida y costumbres de nuestros vecinos. Muchas veces los obligué a repetirme lo que sabían de aquella extraña lengua, con lo que adquirí conocimiento de multitud de palabras, que familiaricé tanto con mi memoria que, cuando cediendo tú a mis instancias, me permitiste pasar a su residencia quedé asombrada de lo bien que los entendía. A cambio del oro que ofrecía, yo misma solicité los objetos que deseaba. Este ---añadió, señalando al hispano--- vendía también vistosos collares y brazaletes, con cuyo motivo vino muchas veces al galpón que ocupábamos.

>¡Ay padre, padre, no sé lo que pasó por mí desde que llegó a mi presencia! Una sensación inexplicable invadió todo mi ser, su imagen se grabó en lo más recóndito de mi corazón. Aun cerrando los ojos, no se apartaba de mí.

>Una mañana, desperté sobresaltada, al redoble de un sonore tambor. Pregunté lo que era y me contestaron que los españoles hacían festejos a su dios. La novedad me llevó a la plaza del pueblo; vi mucha gente que entraba a un edificio y caía de rodillas ante un tablado donde un hombre, revestido de brillantes telas, presentaba una copa de oro a la imagen de una gran señora, que adelantaba los brazos como queriendo abrazar a todos. Yo me arrodillé a mi vez, sin saber por qué, y me puse a mirar con respeto aquella curiosa ceremonia.

>Cuando todos abandonaron el local, salí yo también para ir a reunirme con los míos. Me dieron entonces alcance este mancebo y el que estaba antes en el tablado, envuelto el último en un ropaje pardo y con una trenza de cabuya atada a la cintura. Me puso la mano sobre el hombro y con voz dulce, muy dulce, me preguntó:

>--- ¿Eres cristiana, hija mía?

>--- Adoro al Sol –respondí.

>--- Pero ¿quieres ser cristiana? ---insistió.

>--- No lo sé ---le dije echando a correr.

>Más tarde, este, que aquí veis, volvió a buscarme, y me pidió que le acompañase al templo. No pude contrariarlo…, lo amaba.

>Quince días después, era cristiana y su esposa. El sacerdote bendijo nuestra unión.

>--- Voy a avisar a mi padre que te pertenezco ---supliqué a mi esposo.

>--- Bien ---me contestó---, anda, que si no volvieras pasados diez días, iré yo a buscarte.

>Padre, no he tenido valor para arrostrar tu enojo. El plazo expiró, por eso ha venido a llevarme. Soy suya, le pertenezco.

Chauma había escuchado con atención y sin articular palabra la relación de su hija. Aun cuando dentro de su pecho se revolvían todas las pasiones, su fisonomía denotaba calma completa.

--- Oye, Mina ---pronunció con gravedad---, tú eras el único consuelo de mi existencia, por ti amaba la vida, tus deseos eran para mis mandatos. ¡Qué mal me pagas! ¡Reniegas de tu raza y de tus creencias! Yo podría retar a duelo al intruso, que no solo ayudó a despojarme de nuestra libertad, sino que ha robado tu cariño. Pero mi resolución es otra: te abandono a tu suerte. Yo voy en busca de la muerte, al campo del odiado enemigo. ¡Ahora verán los perros cómo sucumbe el último hombre libre de los daulis! Y, al exhalar el postrer suspiro, volveré a las plácidas regiones del Sol, a las que ya no irás tú, hija desnaturalizada, porque tan verdad como él es el dios de los dioses todos, que tu espíritu, al separarse de tu cuerpo, no encontrará descanso en parte alguna, y vagará eternamente sobre las aguas, y, así, el de todos tus descendientes, para ejemplo de las malas hijas. ¡Malditas sea!

Mientras hablaba estas horribles palabras, se aproximó a la pared, descolgó de ella el arco y las flechas, los terció a la espalda, abrió la puerta y, con las últimas, desapareció en la oscuridad. Mina lanzó un prolongado sollozo y fue a caer desmayada en brazos de su esposo.

Los días eran muy tristes para la enamorada pareja. Desde que Chauma abandonó la choza, y de ello era casi un año, no había indio que se llegase por sus alrededores. La tenían por un lugar maldito.

El español, aburrido de la soledad, propuso un día:

--- Vámonos de aquí. Más adelante se confunden las corrientes de este y otro río, y forman uno mayor. Allí existe una ciudad más grande, en donde nos será más fácil y grata la vida.

Su compañera convino. Embarcados en ligera piragua, empezaron a descender las aguas del Daule. Al llegar al villorrio, vieron muchas de sus casas reducidas a escombros, y alcanzaron a saber que la noche anterior un indio de formas hercúleas, ataviado con el traje guerrero de señor principal, tal y como no se viera después de que se radicaron allí los españoles, había penetrado sorpresivamente en la plaza, seguido de unos pocos de los suyos, que arrojaban teas encendidas sobre los pajizos techos. Al toque de alarma, acudió la gente de guerra y se trabó un sangriento combate, porque esta vez no huyeron los indios ante las formidades descargas de mosquetería, y todos cayeron víctimas del mortífero plomo. Sus cuerpos destrozados habían sido arrojados a la playa, para que sirviesen de espectáculo escarmentador a futuros rebeldes y de pasto a las aves de rapiña. Mina reconoció, horrorizada, el cadáver de su padre, y rompió en desgarradores sollozos, sumiéndose desde ese instante en mortal melancolía.

Cerca de la unión de los ríos se vieron los viajeros obligados a detenerse y solicitar hospitalidad en casa de una familia india. Mina sentía que iba a ser madre. Llamó a su esposo y, apretándolo contra su pecho, le arrancó juramento de cumplir esta, su última voluntad:

--- Si muero, no me pongas bajo la tierra; colócame en un ataúd y, sin taparlo, lánzame, así, al río. Si también muere mi hijo, colócalo en mis brazos. Así conviene..., así conviene, amado mío.

Los presentimientos de Mina se cumplieron. Al rayar la aurora, había dejado de ser ella y el fruto de sus amores.

Todo el día lo empleó el desolado esposo, ayudado de algunos indios, en fabricar un ataúd, lo mejor que pudo, en el que colocó el cuerpo de Mina, acomodando sobre sus brazos el del niño, su hijo. Entrada la noche, levantó en hombros aquella carga que encerraba las prendas de su corazón, llegó a la orilla, puso el ataúd en una canoa, remo hasta llegar a medio río, soltó el remo y se alistó a dar cumplimiento a la sagrada promesa hecha a la moribunda. El firmamento estaba tachonado de estrellas, la brisa esparcía el perfume de las flores que tapizaba la orilla.

Llegó el momento solemne, el navegante suspiró con violencia: necesitaba reunir todas sus fuerzas para llevar a cabo su triste cometido. Hizo un movimiento brusco... vaciló; al fin, armándose de resolución, y dejando escapar copiosas lágrimas, alzó la caja, la colocó sobe el borde de la canoa e, imprimiéndole impulso, la lanzó a la corriente.

--- ¡Adiós, Mina! ¡Adiós, hija del alma!

Se preparaba a verla sumergirse; quería guardar el recuerdo de su desaparición; mas, ¡oh sorpresa!, el ataúd, en lugar de hundirse, permaneció fijo sobre la superficie. Un segundo después, cual impelido por fuerza sobrenatural, partió como una flecha, en dirección de la ribera más lejana. El hispano siguió azorado con la vista su fantástica carrera, creciendo

su asombro al mirar que, no bien tocó tierra, cuando tomó con la misma velocidad opuesta dirección. Entonces, apareció la luz de un cirio encendido sobre su cabecera, lo que permitía divisar desde lejos las facciones de ambos cadáveres.

¡El hombre dejó escapar un grito sordo y bogó a tierra con desesperación!

Desde aquel día, y ya suman miles, hace sus apariciones en nuestros ríos el fantástico ataúd, especialmente durante las negras noches invernales. Navegantes hay que mencionan que pasó tan próximo a sus canoas y que pudieron distinguir claramente ambos cadáveres y que percibieron el zumbido del enjambre de moscas que los acosaban. Sostienen, sobre esto, que los tantos naufragios que se registran en el Daule o Babahoyo son causados por inesperados choques contra el misterio esquife.

Los mejores informados dicen que hay una noche, la del 25 de febrero, aniversario del romántico suceso, en que, a golpe de doce, pierde su virtud por algunos minutos y se mantiene quieto sobre la superficie del agua, durante los cuales cualquier hombre resuelto se puede apoderar de esta valiosa reliquia, digna de figurar en nuestra naciente Museo Municipal.

PACTO CON EL DIABLO

J Gabriel Pino Roca

Conforme a lo que expresa y determina claramente el venerable código de “Leyes para la gobernación espiritual de las Indias” ---que expidió la majestad de don Felipe II de las Españas, para que rigiesen y se cumpliesen fielmente, so pena de la sua merced, en estos remotos señoríos de las Américas---, abrigo la menor duda de que prueba palpable de esto es lo sucedido aquí, en nuestra buena ciudad de Santiago de Guayaquil.

Allá por los años de 1640, en que el mercader Clemente Guerrero se tornó, de la noche a la montaña, de sencillo y honrado en astuto y vengativo, y vendió su alma al Maligno, a trueque de su ayuda para perder irremediablemente a Salomón Estoque, su rival en el gremio y en los amores de un enloquecedora cholita morreña, por quien más de un prójimo se bebía los vientos en aquella época. De esta mi afirmación, da fe completa la última parte (unas 46 hojas) del que debió ser voluminoso proceso, retazo de que, con

algunos otros papeles viejo, me hizo obsequio hace poco una chiquilla guayaquileña ---¡y tan guayaquileña!--- entusiasta lectora de mis necedades tradicionales, sin que al ponerlos en mis manos pudiera decirme otra cosa que ellos eran parte de un antiguo archivo que había venido transmitiéndose entre los miembros de su antigua familia, uno de cuyos antepasados, según había oído contar, fue abogado en tiempo de los españoles. De la paciente lectura de los mismos, sale este sustancioso plato, para regalo de culinaria espiritual, en el viejo solar guayaquileño.

Pulpería grande y bien surtida tenía en Ciudadvieja de Guayaquil, al correr del siglo xvii, y de la Calle del Tigre el jovial mercader murciano Salomón Estoque. Por más de tres años se hallaba radicado en el puerto, en que, dejando en la península mujer e hijo, al cuidado de sus parientes, viniera por estas bienaventuradas tierras de América, en logro de rápida fortuna. Y por venir también muy al pelo, cabe consignar aquí el triste origen del nombre de esta calle ---que fatalmente no puedo localizar---, que no es otro que el de haber sido asaltada, cuando apenas empezaba a alzarse la fundación española, por un tigre hambriento que saliera de la cercana montañuela y acometiera sorpresivamente en la villa a una menor de cinco años, hija de doña María de Carranza, quien, por descuido de sus mayores, había bajado inadvertidamente de su casa y se entretenía jugando en los alrededores. Declaró formalmente que hay documento que da cuenta de este desgraciado suceso, con pelos y señales.

Pero volvamos a lo principal, es decir, a nuestro pulpero Estoque, y digamos que había bautizado su establecimiento con el sugestivo nombre de la Torre de Babel, el que figuraba pintado con caracteres grandes y negros, sobre un tablero que coronaba la puerta principal de entrada. Lógico es supones que con tal título se quería dar a entender que allí se encontraban y confundían, para ofrecerse al público, todos los frutos de la tierra, con los que llegaban de afuera para el consumo.

En mayor beneficio del negocio, era el murciano ladino y dicharachero, poseía el secreto de granjearse la voluntad de quienes le trataban y se mostraba grandemente servicial para con las autoridades y vecinos de distinción. Por estos medios, con verdadera intuición italiana para el tejemaneje del ramo de pulpería y dos años largos de privaciones de todo género, en el afán de crearse un capitalito, había entrado en el tercero con una decente fortunita, consistente en apreciable número de relucientes onzas, con la efigie de los Austria, las que guardaba, cauteloso, en las bolsas de cuero cuyas bocas amordazaban sólidos candados de hierro.

Don Salomón, habiendo advertido de pronto que era justo también en compensación a las pasadas estrecheces y rudas faenas dar ciertas satisfacciones a los sentidos ---lo que es legal y justo cuando se tiene cómo hacerlo sin comprometer la gallinita de los huevos de oro---, se echó a vestir con buenas ropas, a gustar de potajes sustanciosas, rociados con vino de buen beber, y a procurarse los favores de alguna fembra placentera, todo ello, desde luego, con el debido recato social. Aprovechaba los días festivos en que permanecían cerrada su pulpería para estrechar camaraderías con la mejor gente de su esfera: maestros mayores de oficio, pilotos y contramaestres de los barcos del rey, o de particulares: sastres y zapateros del señorío, caciques, dueños de pequeñas fincas, mayordomos de grandes terratenientes, o de encomenderos; en fin, lo que hoy se diría la burguesía de ese entonces, sumisa y respetuosa del rey de la ley, y reñida con toda fiesta en que hubiera husmeo de intervención por parte de alguaciles y corchetes.

Hecha la presentación de Estoque y conocida la vida y el trato que se daba en los días que de él nos ocupamos, vengamos a saber quién era Clemente Guerrero y cuáles fueron las causas de que se pusiera en puntas con su paisano, el de Murcia. Declara Guerrero, en una de las piezas del juicio, que era oriundo de la villa de Berlanga, en la provincia de Badajoz, diócesis de León. Concuerdan siete testigos que actúan en el enredo que era "sujeto de conducta ejemplar, caritativo, sabedor de la doctrina cristiana, cumplidor de los preceptos de la Santa Madre Iglesia, y enemigo declarado de toda clase de juegos y diversiones, cerrando puntualmente su tienda, a la hora que se tocaba la campana de apagafuego, en que iba a dormir con su mujer, con la que siempre había cohabitado". Copio textualmente y pongo a disposición de quien se permita dudarlo el retazo del célebre proceso de que me valgo, y en que están escritas estas palabras; ni una más, ni una menos.

El Guerrero ---y así he de llamarlo de ahora en adelante, porque luego veremos que tuvo mucho de su apellido, y muy poco de su nombre--- tenía su pequeña pulpería en la esquina opuesta al costado izquierdo de la iglesia de Santo Domingo, con frente a la plaza, y en una covacha perteneciente al capitán Sebastián Rodríguez, alcalde ordinario de Cabildo, construcción que iniciaba la callejuela, denominada del Cacique por alzarse en la misma, y a corta distancia de la primera, una espaciosa casa de madera, cubierta de teja, especie de mansión solariega de la familia indígena Coyche, cuyos cercanos antepasados habían sido señores de la tribu de los Colonche cuando llegaron a la tierra los conquistadores hispanos. Los miembros de esta estirpe fueron los primeros en meterse bajo las banderas del rey de España, jurándole obediencia y fidelidad, siendo señalados los servicios que prestaron a la Corona para la pronta y definitiva pacificación de las tribus alzadas, entre las que gozaban de gran ascendiente, y contribuyendo a la estabilidad de la fundación de Santiago de Guayaquil, que pusiera por obra el capitán extremeño Francisco de Orellana. En premio a esta conducta, el monarca habría agraciado al jefe de esta familia con ciertos privilegios y franquicias, extensivos a sus inmediatos sucesores, por línea de varón, por medio de una real cédula, expedida en El Prado el 8 de noviembre de 1595, y en el cual se le reconocía la posesión y perpetuo dominio sobre una vista extensión de terreno en las vecindades de El Morro, con el tiempo, en este terreno se levantó una buena hacienda de ganado, piaras de cerdos y chacras de hortalizas y granos, con cuyo producto vivían los suyos cómodamente. Posteriormente, adquirieron un solar en la ciudad y levantaron la casa que aludimos, y la que diera, por la mejor de ella, nombre a la calle en que, como hemos visto, estaba ubicada la pequeña pulpería del inclemente Guerrero. Durante los días de la Conquista, varias hembras de los Coyche habían engendrado de aquellos recios soldados españoles, que con audacia incomparable vinieron desde tan lejos a someter a su gobierno a las hermosas tierras que descubrían. Del amoroso abrazo entre dos razas, que hasta entonces se habían desconocido y nunca cruzado, de la mezcla de esas dos sangres generosas y ardientes surgió la nueva e interesante casta chola, que perdura y predomina en nuestras Américas.

Supongo que al Guerrero de nuestro cuento, a pesar de la pintura que de él hacen los testigos que en el juicio deponen en su abono, pudo habérsele tarareado al paso por la puerta de su pulpería: "Si la envidia fuera tiña, ¡qué de tiñosos no hubiera!"

Y digo esto porque entre las múltiples acusaciones que el mercader de Badajoz presenta en un pliego adjunto a la denuncia, hecha con fecha de 27 de mayo de 1640 al corregidor de la ciudad, y al familiar del Santo Oficio en ella, contra el feliz don Salomón hay cosillas de esta índole: "…con grave escándalo y daño de este vecindario, es él solo quien

expende la leche que viene a la ciudad, y la tiene apalabrada, y sale a marcarla a las entradas de ella", y, en otro lugar: "…el único que vende vino, aceite, vinagre y cera de Castilla, les pone precio de su voluntad y capricho, encareciendo estas renglones, para desventaja de los consumidores".

Tenemos, pues, que admitir que el competidor de Salomón Estoque venía tragando grueso, bajo una aparente cada de disimulo, consciente de cómo a su dichoso rival le llegaba la fortuna que a él se le mostraba tan esquiva.

Amargado, se quejó un día de su desventura al guardián de los buenos padres franciscanos, reverendo Hermógenes Pérez de Orcolaga, dejándole entrever un cierto resquemor de celos hacia su cócora, y desde entonces se le subió más la mostaza a las narices, porque el buen fraile le aconsejó conformidad, cantándole la antífona de "a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga"

Alicaído, se separó del guardián franciscano el quejumbroso mentecato, mascullando:

--- Alcornoque de fraile, bueno estoy yo para resignaciones con el maldito murcio que no me deja levantar la cabeza.

Amargado vivía pues en Guayaquil el pulpero badajocense, pudriéndose las entrañas con los vientos prósperos que le soplaban al hijo de la huerta murciana, cuando un nuevo y poderoso motivo ---¡Y qué motivo!--- vino a hacer que se le colmasen las medidas y que se pusiese a buscar, resueltamente, un medio seguro para labrar la ruina de este, haciéndose sentir el peso de su tremenda venganza. Obstinadas fueron desde entonces sus cavilaciones, largos sus desvelos; pero, como de escasa mollera no brotara el pan apetecido, dándose al diablo, se puso a llamarlo en su auxilio con todas las fuerzas espirituales de que se sentía capaz. El caso inaudito era que Estoque, no contento con defraudarlo de todo negocio, con quitarle todos los parroquianos y no dejarle campo para amasar una punta, a toda hora del día como de la noche se le presentaba, también ahora, decidido y amenazante para disputarle el amor de una incitante cholita que le tenía sorbido el seso, y echándole a perder el poco juicio que le quedaba.

Una buena parte de la numerosa familia venía desde sus campos para pasar los inviernos con mayores comodidades y menores rigores a la casa de los Coyche, y por el tiempo en que se desarrolla nuestro relato, lo hacía invariablemente, medio achacoso ya, el viejo Estanislao, patriarca de la misma, a quien acompañaban dos o tres de sus hijas, casadas y con prole, y su nieta Natividad, que abría y desplegaba sus encantos de mujer al soplo ardiente de las quince primaveras. Era la mocita fruto y recuerdo de un lejano devaneo entre la mayor de las muchas guapas hembras, que en su larga y sólida vida engendrara el Coyche que venimos de nombrar, y un chapetón que vino por acá con intención de establecerse en la región, pero que luego siguió adelante en busca de nuevas aventuras. Como la madre muriera, dejándola de tres años, el acomodado abuelo la había recogido y criado en su casa con todo mimo y regalo, al cuidado de sus otras hijas. ¡Y cómo no habría de hacerlo!, cuando él se sentía ufano y se jactaba públicamente de que por las venas de su gente corría sangre de conquistadores españoles, y declaraba con todo desenfado que, por enriquecerla en sus sucesores, no opondría reparo alguno, y antes bien lo vería con agrado, si sus hijas y nietas llegaran a concebir de varón peninsular. Aquello de que el marido, que para el efecto les viniera en ganas de buscar, fuese autorizado por el cura o solo por la madre naturaleza era para él asunto de secundaria importancia, con tal que el sujeto no fuera un desvergonzado. No señor; todo había de ser con el pudor y el recato

debidos, para hacer honor a la cédula real escrita en pergamino y en que el monarca había trazado su augusta rúbrica por dar fe y dejar constancia en el futuro de los orígenes, méritos y servicios de su honorable familia.

Y era por este tiempo la cholita Natividad lo que los mozos desvergonzados de ogaño llamarían un bocatto di cardinale. Su larga y abundante cabellera tenía el color y el lustre del azabache; su piel, que dejaba adivinar la suavidad del terciopelo y se mostraba por donde fuese visible, parejamente teñida de un tinte canela ligeramente arrebatado, hería el olfato de quienes se le acercaban con un perfume singular en que había aroma de almizcle; unos ojos grandes, rasgados y guarnecidos de largas y pobladas pestañas, ojos que eran dos tempestades deshechas; y la nariz, de distinguido corte, mantenía los ovaladas fosas nasales en perpetua agitación. Por entre los labios sensuales de su pequeña boca, que tenían el rojo de la cereza, asomaban dientes grandes, de un bello marfilino, y todas las carnes de su bien medido cuerpo eran apretadas y duras. Bajo el cuello flexible y torneado con perfección se mantenían eréctiles e incitantes sus dos menudos senos, de incomparable hechura. Sus pies eran bien proporcionados, su andar ligero y nervioso, sus gestos y ademanes vivaces y desenvueltos, su risa franca y oportuna, su lenguaje fácil y don dejo de picardía. ¡Era la cálida carne de una rebelde cacica, grávida del alma de Andalucía!

Cuando la apetitosa cholita Natividad alcanzó la sazón que vengo de presentarla, no hubo quien del otro sexo la viera, que no quedase patidifuso, echando la baba y con la papilla cerebral ida a los calcañares, poniéndose a darle, en adelante, vuelos y revuelos, arrastrando el ala; unos con santa intención, y otros, con intención no santa. Sin embargo, la picarona se las conocía muy bien a unos y a otros, y les cortaba a tiempo los vuelos, sin darles lugar para lo que de aquí te cojo, y aquí te mato. No era para ellos, y así se los decía presto entre burlas y veras. No; hasta allí no se le ponía por delante el mortal afortunado a quien habría de darle las primicias de sus encantos de mujer.

Pero llegó, aunque no sepamos cómo fue lo de caerle en gracia, ya que en el curso del proceso solo se alude a estas íntimas relaciones como hecho cumplido. No fue otro en servirle del sabroso potaje que el ladino y feliz Salomón Estoque, con terrible desengaño y desesperación sin límites por parte del archidesventurado Clemente Guerrero. Al cerciorarse de que la hipócrita parejita andaba ya en mayores, al amparo de la teoría del estúpido abuelo Estanislao, el majadero de Badajoz alzó el campo precipitadamente por no continuar en el ridículo, mas lo hizo destilando veneno y jurándose que esta incalificable infamia tendría su merecido y tremendo castigo. Fue entonces cuando, desconfiado de su mollero, y siempre temeroso de la buena estrella de su abominable rival, se puso a invocar a Satanás con toda el alma, para que le proporcionara la receta infernal de que había tanta urgencia.

El diablo no hace llamar mucho cuando le llaman con ganas; y una noche, despues que el gallo cantó las doce y las hubo chirriado la lechuza, horas que sorprendieron en vela al poseído Guerrero, renegado, maldiciendo y mesándose los cabellos a la luz mortecina de un candil, encerrado en un cuartucho anexo a su pulpería que le servía de dormitorio, oyo de pronto unto a él una voz grave y cavernosa que decía:

--- No alborotes... ¡Heme aquí!

El pulpero badajocense alzó la vista y miró sin arredrarse al ilustre personaje que se le apetecía, sentado sobre un banquillo frente al que ocupaba. Vestía Su Majestad Infernal el

traje clásico de los cartularios de la época, llevaba a horcajadas sobre sus rojas y velludas narices gafas negras y cuadradas, y traía recién tajada pluma negra de ganso tras la suya puntiaguda oreja derecha.

--- Mercachifle insípido, que te andas con la ventana de la barca, la mocedad trabajada y la vejez quemada, estampa, firma y rubrica al pie de ese pagarecito, a vender el día que el otro te saque el alma del almario. A cambio, te daré a esgrimir un arma con la cual dejarás a tu mísero enemigo sin soga y sin cabra, es decir, que podrás volarle la buena pulpería y soplarle la real mocita a causa de tus congojas. No te andes con remilgos que estoy de prisa, pues es mucho lo que tengo por hacer en el resto de la noche.

Oída la oferta tentadora por el envenenado Guerrero, tomó el pergamino y la pluma que el falso cartulario le tendía y, decidido y rápido, suscribió sin pestañear el pacto de su condenación. Luego que el Roñoso se lo hubo guardado bajo el jubón, invitó a su víctima a que tomara asiento frente a una mesita en que había recado de escribir murmurando:

--- Ahora, mi señor don Clemente, escriba usted con toda gravedad lo que voy a dictarle, que es cosa de códigos, en cuya confección vengo interviniendo e intervendré hasta la consumación de los siglos ---y el Maldito, dispuesto de pie al lado del empecatado, le dictó la siguiente denuncia que, en papel del rey, está descrita de puño y letra de Guerrero, y cosida al juicio de mi referencia; importante documento que reproduzco íntegro, para que vean mis lectores cómo se ajusta a la verdad histórica esta mi narración:

> Magníficos señores Corregidor y Comisario del Santo Oficio.
>
> Muy altos y poderosos señores:
>
> Clemente Guerrero, de la villa de Berlanga en la provincia de Badajoz, de los reinos y señoríos de España, y vecino honrado de esta ciudad, cuya defensa material y espiritual vos ha encargado su majestad, a quien Dios guarde por muchos años, para aumento de la fe y de sus reales dominios. Ante vuestras mercedes, rendidamente, comparezco y digo, por medio este memorial, que creo y confieso en Dios todopoderoso, creador de los Cielos y de la Tierra, en el sumo pontífice apostólico, su verdadero vicario, a quien todo hombre debe reconocer, amar, alabar, servir y temer; y en el Santo Evangelio y enseñanzas de nuestra santa madre Iglesia católica, en cuya fe vivo y protesto morir; y en lo que ordena y dispone el Santo Oficio contra la herética pravedad y apostasía, en lo que está mandado guardar y cumplir en las leyes para la gobernación espiritual y temporal de las indias. Y, porque es cosa notoria que se halla en esa tierra por cerca de cinco años ejerciendo el oficio de mercader, Salomón Estoque, que tiene mujer e hijo en España, sin hacer intención de traerlos, y ya ha pasado el tiempo en que está mandado hacerlo, es ---por lo que parece de su nombre--- de la maldita raza de los judíos que crucificaron a nuestro señor Jesucristo, que están prohibidos y penado se pasar a establecerse en estas Indias, hago, en nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y una cosa simple, sin departimiento formal

denuncia a sus señorías para que se le aplique la conformidad de la letra escrita del Artículo XXIII, título III, de las Leyes de Indias, expedidas por la sacra, real y católica majestad del rey don Felipe II, de gloriosa memoria que reza: “Por cuanto de acuerdo con el breve de su santidad el papa Pío V dado sub anullo piscatoris en 20 de junio del año pasado de mil quinientos sesenta y seis, se han dado muchas cédulas y provisiones para que los casados que estén en Indias, teniendo sus mujeres fuera de ellas, vayan a cohabitar y hacer vida maridable con ellas o las lleven a vivir a cohabitar consigo. No obstante, muchos en deservicio de Dios nuestro señor y perjuicio de sus ánimas, están absentes de sus mujeres; por lo tanto, queremos y mandamos que los casados o desposados por palabras de presente, que estuvieren en el estado de las Indias, teniendo sus mujeres o esposas en estos reinos de España, no pueden ser proveídos en el estado de las Indias en oficio público ni en repartimiento, hasta tanto que hayan llevado a sus mujeres y cohabiten con ellas. Además de esto, nuestras justicias compelan a los casados que estuvieron o vayan a cohabitar con ellas, ejecutando en ellos la pena susodicha, y agravando y reagravando otras que les pareciera, hasta que lo cumplan, en lo cual pongan mucha diligencia, y los prelados y jueces procedan por censuras contra los tales casados que estuviesen absentes de sus mujeres hasta invocación del brazo seglar. Sobre lo cual a los unos y los otros encargamos las conciencias y mandamos que nuestros virreyes, audiencias y gobernadores no puedan dar licencia a los casados para estar sin sus mujeres. Pero bien permitimos que los mercaderes, conforme a nuestras ordenanzas, puedan pasar a las Indias y puedan estar en ellas sin sus mujeres **por espacio de tres años; si no las llevasen dentro del plazo, las mercaderías sean para quién los denunciase,** y esto cumpla, a pedimento de parte todas las nuestras justicias, so pena de la mía merced. Otro sí digo, que sus mercedes tomarán a su parecer de las mercaderías confiscadas lo que tuvieren a bien para auxilio y regalo de los menesterosos del hospital y la cárcel, y he de dar buena parte del vino, del aceite y de la cera que se encontrara para el consumo de la iglesia de mi padre Santo Domingo.

Santiago de Guayaquil, mayo 27 de 1640

Clemente Guerrero

Llegado este diabólico parte a manos del señor corregidor de la ciudad y su jurisdicción, maese don Juan de Hinojosa Chávez, cruzado en la real y militar Orden de Santiago, sostuvo larga y secreta conferencia con el presbítero Fernando de Saavedra, vicario de Guayaquil y comisario delegado del Santo Tribunal de la Inquisición, con asiento en la ciudad de Lima, como consecuencia de lo cual se produjo aquel mismo día una nueva y

más numerosa reunión, con carácter de impenetrable, a la que concurrieron por cita especial de vicario inquisidor: Fray Bernardo de Quiroz, provincial de los dominicos; fray Joan de la Coba, prior de los agustinos; fray Hermógenes Pérez de Orcolaga, guardián de los franciscanos; como también don Antonio de Castro y Guzmán, alcalde de la Santa Hermanda, a ruego del corregidor.

Conocido el grave motivo de la reunión y cambiados y discutidos unos y otros pareceres, se convino en que fray Bernardo de Quiroz, “en atención al celo demostrado en todo tiempo y lugar por su benemérita orden en la persecución de herejes, renegados judíos, endemoniados y brujos, y por ser ella la milicia predilecta de la benéfica y humanitaria institución del santo oficio”, procediera, en forma rápida y confesional, a oír a los testigos que a bien tuviera y a presentar, según su reconocida sabiduría, la sentencia que a bien tuviere, conforme a las leyes de Indias, la que sería aprobada y ejecutada en el preciso término de 24 horas, en que volverían a reunirse, cautelosamente, los presentes.

El dominico ---¡era de esperarse!--- se desempeñó a las mil maravillas y con todo el fervor. Al siguiente día y a la hora convenida, tornaron a congregarse en la casa habitación del señor corregidor todos los actores en este amasijo, con excepción del buen franciscano, quien se excusó de seguir actuando, ya “por causa de repentina indisposición que le obliga a guardar cama”, ya “porque su humilde parecer ni quitaba ni ponía valor a la sabia resolución que se adoptaste”. Alma noble la de este Pérez de Orcolaga, y fiel servidor de la doctrina de su excelso Maestro de Asís.

El discípulo del exaltado hijo famoso de Calahorra se las ingenió de tal modo que hizo declarar bajo juramento, aunque con promesa de guardar sigilo ante el público, a nueve testigos hábiles “vecinos honrados de la ciudad, viejos cristianos y de reconocida piedad”, todos acordes en afirmar que Salomón Estoque era casado en el reino de España, como él mismo lo decía sin reserva alguna, con hijo de corta edad; haberle conocido en esta ciudad por mas tiempo de cuatro años, sin ausentarse de ella ni traer a su mujer; y, antes, estar entretenido con una de las hijas del cacique Coyche; y encarecer las mercadería, por mercar los abastecimientos en las afueras del poblado; y rociar el vino con agua, por sacar más de su producto; y tener nombre israelita; e ir a la iglesia, como lo tienen entendido por sarcasmo o quizá por no hacerse sospechoso al Santo Oficio; y venirles a la memoria que alguna vez lo vieron con camisa nueva y limpia, en día sábado, que según entienden ahora, es señal de hereje judaizante, como lo enseña el bienaventurado tribunal de la Inquisición. Estos caritativos prójimos eran: Julio Ronquillo, curtidor; Pedro González, carpintero; José Figueroa, herrero; Domingo Galbán, sacristán de Santo Domingo; Francisco Muñoz, piloto de un barco del capitán Diego de Orozco; Blas Latino, tejedor; Vicente Díaz, pregonero; Juan Salvador, portero del cabildo y Vicente Laredo, carnicero.

Examinados prolijamente estas “pruebas condenatorias”, quedaron los severos jueces plenamente convencidos de los graves delitos de que era culpable el ruin pulpero Salomón Estoque, quien había vendo engañando vilmente, por tanto tiempo, al noble vecindario de Guayaquil; y como el señor corregidor tuviera fresco en la memoria el recuerdo que, por reciente carta exhortatoria, había hecho al ilustre cabildo don Pedro de Toledo y Leiva ---marqués de Mancera, señor de las Cinco Villas y su jurisdicción, comendador de Esparragal en la Orden de Alcántara, gentilhombre de la Cámara de su majestad, de su Concejo, y virrey y lugarteniente, gobernador y capitán general en los reinos y provincias del Perú, tierra firme y Chile, etc.---, para que, bajo el real desagrado y penas severísimas, se cumpliesen en adelante al pie de la letra las disposiciones de las Leyes de Indias.

Quedó resuelto que, sin más trámite y ninguna explicación, el alguacil mayor hiciese prender al criminal Estoque y lo traslade al presidio de Portovelo, que se “le hiciera echar

cadenas y se lo entregara abordo, con carta explicativa ---que escribiría el señor corregidor--- al castellano de la nombrada fortaleza, enterándolo del caso, para que este lo hiciere cohabitar con su mujer propia"; y que se le cierre la pulpería, y las mercaderías sean entregadas a Clemente Guerrero, su denunciador, para que cumpla con lo que tiene prometido, y se avise también al Santo Oficio de Sevilla de las fundadas sospechas que hay de que este sujeto pueda ser herejes judaizante.

La estúpida y bárbara sentencia se cumplió al pie de la letra, con gran sorpresa y alboroto del vecindario, por la forma inesperada y aparatosa del vecindario, por la forma inesperada y aparatosa con que se la llevó a cabo, sin permitir al aterrado Estoque no decir nada, ignorante del motivo por el cual se le arrebataba violentamente el fruto de su honrado trabajo, y el derecho a las dulces caricias de la bella cholita Coyche. Nunca supo el mísero que había sido victima de una receta infernal, por el cual vendió su alma al diablo el miserable Guerrero, su paisano, por satisfacer la inhumana venganza que le inspiraban sus triunfos en el amor al oficio y en el oficio del amor.

EL SERMÓN DEL PADRE JACINTO

J Gabriel Pino Roca

1

No hay guayaquileño, curioso de las cosas de casa, que no sepa quién fue el padre Jacinto Morán de Butron; mas, porque voy a ocuparme de su persona, hace el caso el repetir datos biográficos que ya se escribieron, sacando a luz otros que duermen entre las páginas de vetusto cronicón conventual.

La familia Morán de Butrón es tan antigua en Guayaquil como las paredes de Santo Domingo y los hoy restaurados muros de la Planchada. Oriunda del concejo de Jijón, en el principado de Asturias, remontas sus orígenes a los heroicos tiempos de Pelayo. En premio de gloriosas hazañas y de eterna fidelidad a su causa, le concedieron los reyes castellanos, con otras mercedes, el siguiente blasón: escudo de azur y cinco puntas de lanza, altas, puestas en sautor.

El primer Morán de Butrón de que hacen mención las crónicas de la ciudad es el capitán Andrés, fundador de la rama guayaquileña, quien tuvo por esposa a doña Jerónima Ponce de León y Díaz Bravo, dama de muchas virtudes, lugareña de Carrión de los Condes. Gozó este personaje, en sus días, de gran prestigio en la localidad y de no pocas doblas que se doblaron al emprender viaje al otro barrio su pariente, el regidor Antonio de Navarrete, instituyéndole heredero universal de sus cuantiosos bienes en el corregimiento. Ejerció durante muchos años los delicadísimos cargos de justicia mayor y notario del Santo Oficio; contribuyó poderosamente a la importación de los jesuitas, para cuyo decente

establecimiento obsequió 200 cabezas de ganado de sus campos de Daule y Baba, dio oídos y alivió a los necesitados, y obró milagros de heroísmo en ocasiones de piratas e incendios. Vivió una vida ejemplar, fiel a su Dios, a su patria y a su rey, y, al morir, legó a Guayaquil numerosa cuanto lucida familia, de la que sobresalieron más tarde el general Agustín, el capitán Jacinto, don Nicolás y don José Morán de Butrón y Ponce de León.

El primero mereció ser nombrado sustituto del corregidor juan de Sosaya (1701-1704), llegando a captarse a tal extremo la confianza de este personaje que, al ser promovido a la presidencia de Quito, y vacando la gobernación de Guayaquil, por muerte del general Francisco Bravo de Laguna, le nombró justicia mayor y teniente de capitán general de la provincia, cargos que desempeñó a satisfacción de todos hasta el 20 de agosto de 1708. El capitán Jacinto Morán y Ponce de León fue por muchos años procurador general e introdujo algunas mejoras en el servicio local. Amigo de los jesuitas, empleó parte de las propias rentas en la ornamentación de la capilla que poseían, y, propuesto a prestigiar esta orden, consiguió que el cabildo construyese en ella lujoso altar dedicado a San Francisco Javier, apóstol de las indias, y que se le tomase por abogado de las armas y se le decretase pomposa fiesta anual; todo lo que consta de acta de agosto 21 de 1688. Este don Jacinto es el progenitor del jesuita guayaquileño de quien vamos a ocuparnos.

José y Nicolás sirvieron al país con toda actividad y lucimiento.

El padre Jacinto tuvo un hermano mayor que respondía también al nombre de José, padre de otro José, a quien para distinguirlo del autor de sus días le decían los contemporáneos “Morán, el mozo”. Uno de los descendientes de este último, llamado Antonio, sostuvo ruidosa litis con el Ayuntamiento por una faja de terreno sobre la que alegaban derechos ambas partes. La resolución de los tribunales favoreció al primero, y ella nos hace saber que don Antonio era legítimo e indiscutible dueño de “todas las tierras que quedan detrás del cerro de la ciudad vieja hasta el estero del rincón del Guabo, con el río Daule al frente; y desde dicho cerro del Guabo, atravesando los cerros de la Palma, hasta dar a los Cerros Azules del camino del Chongón, y por las espaldas, siguiendo la misma cordillera hasta dar con la punta del Cerro Azul grande, camino de Chongón, y de allí, por travesía, hasta dar a los cerros de Guayaquil”. Dentro de estos linderos se encuentra hoy ubicada la hacienda Ataranza, propiedad de la Beneficencia Municipal.

Dionisio y Fernando Morán de Butrón pusieron, entre otros vecinos, gran empeño en conseguir la erección del obispado de Guayaquil. Dirigieron varias cartas y memorias suplicatorias a Madrid y a Roma, ofreciendo los medios necesarios para el sustento y boato del prelado, aunque fracasaron en su intento, a causa de la oposición que les hiciera la clerecía cuencana a la majada de cuyo diocesano pertenecían las ovejas guayaquileñas de muy atrás.

Érase otro Morán de Butrón, el capitán Bernardo, de los ciudadanos más entusiastas que se preocupaban de la fortificación de Guayaquil para defender de piratas. Nombrado procurador general en 1776, formuló un proyecto de levantar fondos aplicables a este objeto, el que mereció la real aprobación. Consistía en el impuesto de medio real de cabeza de ganado que se beneficiase en el corregimiento. Hizo un fuerte donativo para la reconstrucción de la Real Aduana, y elaboró varios reglamentos conducentes al aseo y ornato de la población.

Conforme al censo que levanto por orden del cabildo don Santiago Vítores en 1793, los Morán de Butrón poseían ocho casas grandes en los barrios más centrales de la ciudad.

José Morán de Butrón y Castillo, primogénito de don Bernardo, heredó los oficios y empleos de su padre, en cuyo ejercicio le sorprendió la vejez. Sintiéndose imposibilitado para continuarlos, los renunció (1816) en su hijo Juan Francisco Morán y Estrada, el que,

convertido poco después a la causa de la Independencia, sirviéndola con desinterés y patriotismo, ocupó repetidas veces la curul municipal.

Pero retrocedamos al jesuita Morán de Butrón, brote, como queda dicho, del capitán Jacinto. Nacido en 1680, le enviaron sus padres, muy niño, al mejor colegio de los jesuitas en Quito. Bien en breve reveló grandes dotes intelectuales, pasión por el estudio y sólidos fundamentos de la moral, prendas que le granjearon el aprecio de sus superiores. Decidido por la carrera eclesiástica, tomó los hábitos bastantes joven, con gran alborozo de los autores de sus días.

A pesar de su corta edad, le fueron confinados delicados cargos en la Compañía; descolló en la oratoria segunda, y regentó la mejor cátedra de filosofía que hubo en Quito por entonces. Admirador entusiasta de su compatriota, la beata Mariana de Jesús, escribió y publicó la vida de esta venerable virgen en cinco libros, correspondientes a las hojas de la azucena, obra reimpresa en Madrid el año 1854. Cultivo con verdadera afición la historia y es obra suya el “Compendio histórico y estadístico de la provincia de Guayaquil”, impreso en España en 1745, cuyos ejemplares se han hecho tan raros que no existe uno solo en la república, y apenas dos o tres en bibliotecas extranjeras. De este trabajo dice la “Cronología de obras americanas”, escritas por americanos, desde 1567 a 1837, que, de las pertinentes al Reino de Quito, es la única cabal y perfecta, en cuanto a geografía e idioma indiano. ¡Digno elogio a la laboriosidad de nuestro contemporáneo!

Pero el fuerte del padre Jacinto eran los sermones. A mis conciudadanos se les hacía agua la boca cada vez que llegaba correo del exterior, y, en cartas muchas, se hacían lenguas, los de allá arriba, de las bellezas que echaba a volar por esa boca el jesuita guayaquileño. ¡Qué orgullo, mas, al mismo tiempo, que envidia! Porque el padre Jacinto no daba esperanzas de dejarse oír por acá, y, para mayor pena, no contestaba a los reclamos que se le hacían.

--- Cosas de la santa obediencia ---decía su mamá, vivía aún, anegada en llanto al escuchar las muchas felicitaciones de sus relacionados.

Y la fama del jesuita crecía y crecía en la ciudad, la que no obstante parecía condenada a no escucharlo nunca.

2

Algo de extraordinario ocurría en Guayaquil el 5 de junio de1719. Los corrillos eran numerosos en cada esquina y debía el tema comentando ser de lo más interesantes, al juzgar por la animación de los que hablaban y la atención que prestaban lo que oían. ¿De que se trataba? Pues ni más ni menos que de un notición inesperado que llenaba de júbilo todos los corazones. ¡El padre Jacinto, el célebre predicador, el ilustre conciudadano, es taba para llegar de un momento a otro! ¡Qué tal! Esto se sabía porque, al salir de la misa de cuatro, lo contó confidencialmente a dos o tres amigas beatas la feliz madre del jesuita; minutos después, volaba la nueva de boca en boca. En efecto, el padre Jacinto venía a esta ciudad para tomar el primer galeón que zarpase con rumbo a Lima, a donde se dirigía en comisión urgente y reservada: los jesuitas siempre traen algo profundo entre manos cuando viajan.

Llegó por fin a Guayaquil el huésped tan deseado y se albergó bajo el techo paternal, marcada muestra de deferencia que quisieron dar los superiores del convento quiteño a la

santa mujer que había dado tan buen soldado a la Compañía. Reinó el bullicio: era un subir y bajar sin fin. Gobernador, cabildantes, oficiales reales, leguleyos, matasanos, frailes, beatas y sacristanes; todos, todos concurrían a dar la bienvenida al célebre jesuita, satisfaciendo curiosidades por tanto tiempo anheladas. El buen padre, sentado en una gran poltrona, los ojos bajos y los brazos cruzados, correspondía casi inconscientemente al sinnúmero de cuestiones que le proponían sus visitantes. ¿Qué si recordaba tal o cual incidente de trompos o bolas de cuando era niño? ¿Qué si había perdido o no la afición por los tamales y el arroz con leche? ¿Qué a qué hora diría la misa?

Pasaban dos días, el galeón no terminaba su carga y, contra lo que esperaban impacientes los guayaquileños, el padre Jacinto no hablaba de predicar, y lo que es más, a cada súplica que para ello se le hacía contestaba invariablemente:

--- No han de ganar mucho oyéndome; ni he venido preparado para hacerlo ---y cambiaba enseguida de tema.

Los guayaquileños llegaban al colmo de la desesperación. ¡Cómo había de ser eso que, teniéndole alguna vez entre ellos, les fuese a volver las espaldas con desaire manifiesto, sin decirles nada desde el púlpito! No, esto era imposible; había que hacerlo sermonear. Resueltos a salirse con la suya, disputaron una selecta embajada para pedirle, oficialmente, esta gracia, y lo hicieron de modo que estuviese presente la madre del jesuita, acorde de antemano en que su hijo cediese a los ruegos de sus coterráneos.

--- Predícales… predícales, Jacinto, que esto es un cumplimiento del deber que te has impuesto.

--- En su conveniencia estaría el que no lo hiciese, madre; pero, ya que tanto lo exigen, sea, y que no se arrepientan, que cada uno se entienda con su conciencia, yo con la mía, y Dios me entiende.

Los delegados volaron escaleras abajo pregonando el triunfo obtenido.

3

Mucho para los deseos, tardó en anochecer el 11 de julio de 1719, día señalado por el padre Jacinto para el apetecido sermón. Desde la tarde se había distribuido la gente convenientemente en el cuerpo central de San Francisco, iglesia que, por ser más amplia, ofrecieron al orador. Las naves quedaron a disposición de los pelafustanes. No cupo el gentío puertas adentro, y hubo de abrirlas de par en par, a fin de que escuchasen los que tuvieron que quedase en la plaza.

Tan luego como se abrió la mampara de la sacristía para dar paso al jesuita y la comunidad franciscana, que cayó de rodillas frente al público, reinó un silencio de tumba. El padre Jacinto atravesó lentamente el espacio que lo separaba de la cátedra del Espíritu Santo, hizo la ritual genuflexión ante el altar mayor, ascendió, apareció en seguida tras la barandilla, se santiguó devotamente, y rompió el silencio:

--- Hermanos míos, en nuestro señor Jesucristo: cediendo a repetidas instancias de distinguidos sujetos de esta villa, a quienes debo consideración y respeto, me dirijo a vosotros para hablaros de nuestra religión bendita, y en beneficio de ella y de vuestras almas. Desengañados quedarán lo que esperaron hallar en mi discurso las galas de oratoria con que otros mejor dotados suelen adornar los suyos. No me lo permiten mis escasas luces, ni a ello se aviene mi torpe lengua, que interpreta solamente en frases vulgares la palabra divina y articula, en oración sencilla, alabanzas al Creador. Agréguese a esto la emoción que embarga mis sentidos al mirarme ante tan selecto y numeroso auditorio; considérese que esta es la primera vez que, en calidad de soldado de Cristo, hablo a aquellos que fueron testigos de mi niñez, rodeándome de cuidados y cariños, y entonces, hallaré pronto vuestra benevolencia. Sí, hermanos míos, siempre os tuve presentes en mis pobres oraciones, y no hubo día en que dejase de rogar al Todopoderoso: “Derrama tus bendiciones sobre mi querida Guayaquil”. Le encarecía, sobre todo, no permitir que os apartaseis un instante del sendero de la moral cristiana, único que conduce a la felicidad intramundana. Pero mis muchos pecados fueron culpa de que Dios no me escuchara. ¡Con qué dolor os veo poseídos del espíritu maligno! Esta es la razón de haberme negado a predicar con tanta obstinación, pues, en el hablaros como sacerdote cristiano está el revelaros la verdad acerca del estado de vuestras almas. ¡Veritas super Omnia! ¡La verdad sobre todo, sin ambages, rodeos, perífrases, mistificaciones ni logomaquias de ningún género! Y, ¡ay, hermanos!, por lo poco que he visto y he observado del vivir vuestro, ¡qué lejos estáis de cumplir con los preceptos de la Iglesia, y qué cerca de perder las delicias eternas! ¡Si, hermanos míos, esta sociedad es fácil bocado de la maldita serpiente! Con verdadero horror me he apercibido que hay aquí alguno que, menospreciado el cargo prominente que inviste, lo que le obliga a dar mejor ejemplo de moral, con grave ofensa de Dios y escarnio de su familia, alardea de mantener relaciones pecamistas con mujer ajena, a pocos pasos de su hogar.

Los oyentes, en cuyo semblante se pintó el asombro desde las primeras palabras del orador, tornaron rápidamente la vista hacia el gobernador ---la historia era por demás conocida---, el que, apercibido de la puntería del jesuíta, daba vueltas nerviosamente, sobre un dedo, a la cruz de Alcántara que adornaba su pecho, apretando con la otra mano el pomo de la espada. Viéndose blanco de las miradas y objeto de cuchicheos y sonrisitas mal reprimidas, abandonó la iglesia precipitadamente.

El padre Jacinto, para quién pasó desapercibido el incidente, proseguía en su sermón:

--- Se cuenta, depositarios de la justicia, que, faltando a juramentos sagrados, la han puesto en pública subasta, y otros Judas venden la ley por treinta onzas.

El sucedido estaba fresco: los alcaldes y alguaciles se abrieron campo hacia la puerta, no sin convencerse de que muchos se codeaban a su paso.

--- Pululan las mujeres ---continuaba el Ignaciano--- que únicamente concurren a los templos por murmurar de ciertas desgraciadas que lucen saya de seda a costa de muchas penas, y que profanan las casas de Dios, haciendo de ellas lugar de exhibición para atraer incautos.

Las misericordiosas se abrieron campo, a empujones, regaladas al oído picarescamente por los jóvenes con quienes tropezaban. Las murmuradoras de oficio se escabullían por otro lado.

Nuevo ataque:

--- No falta miserable que, sin fe en la cólera divina, traicionando la fe empeñada, da fe tranquilamente de lo que no vio ni oyó, y tiene casa y hacienda a trueque de miseria ajena.

El cartulario aludido perdió las gafas en su afán de desaparecer cuanto antes.

Aún faltaba:

--- Venden muchos su alma al diablo, vendiendo a sabiendas y públicamente productos del contrario, en que roban al rey y a la ley, y obran de igual manera otros tantos ministros del altar, cayendo en faltas que ya son para que llueva fuego y se convierta esto en segunda Sodoma.

Los mercachifles se fueron en tropel, mezclados con varios frailes que se precipitaban a la calla desde el coro.

Tenía la iglesia una salida reservada y por ella se deslizaron a hurtadillas los últimos prójimos, antes de que el toro se les viniese encima.

--- ¡Pero a qué seguir! ---concluía exaltado el jesuita, sin caer en la cuenta del desbande---. ¡Horrorizaos, criaturas del Señor! ¡Considerad en que solo la misericordia del Altísimo ha podido daros tiempo para arrepentiros! ¡Aprovechad de los pocos días que aún os quedan en ese mísero mundo para haceros dignos de la Patria Celestial! Quiera iluminaros la santísima Virgen y hacer provechosa la bendición que os imparto, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y el padre Jacinto se inclinó y trazó con la mano, sobre el aire, el sagrado signo; pero, con sorpresa suya, este solo alcanzó las cabezas rapadas de los frailes franciscanos quienes, por lo bajo, se desternillaban de risa.

Ya se comprenderá que el galeón estuvo listo para partir al día siguiente, y que cuando de regreso tocó en Guayaquil, a nadie se le ocurrió el que volviese a predicar el conspicuo orador y coterráneo.

LA CANOÍTA FANTASMÁTICA (LEYENDA DE NUESTROS RÍOS)

Modesto Chávez Franco

Por el 1700 y tantos era tambero en Ojiba, zona actual de la parroquia Montalvo, Babahoyo, el retirado sargento de carabineros don Javier Medrano. Puesto oficial y lucrativo era ese de encargado del Tambo Real, pues, además de la renta de 5000 maravedíes, tenía por suyas las entradas naturales del hospedaje y las propinas, el potreraje y custodia de acémilas y equipos, el servicio de esclavos y mitimayos.

Y como la clientela era selecta, pues al Real Tambo no era libre el acceso, sino circunscrito a los funcionarios, jefes y oficiales militares, dignidades eclesiásticas civiles y caballeros de la Corte, claro es que el menaje y la cocina había de estar paralelas a la delicadeza de los personajes, cuidado de pulcritud que tenía a su cargo la garrida moza tambera doña Isabel, cuyo apellido en engulló la tradición.

Castañeando la lengua, llegaba hasta Bodegas los que habían comido en el Tambo Real, así eran de sabrosos los guisos de Chabela y de sabroso también su alegre parloteo y picaresca mímica con que indemnizaba a los viajeros horripilantes caminos de las sierras. Era el alma alegre del tambo emplazado en el pobladito más recóndito de la más fragosa de las montañas.

Cuando el diablo o la mala suerte tiene preparada alguna de las tragedias para diversión de su vida sádica a costa de la de nosotros ---los pobres mortales abandonados a sus intrigas misteriosas---, va trayendo los personajes al escenario, oportunamente combinados, bajo las aparentes causas que nosotros, ignorantes de la trama y por no saber qué otro nombre darles, las llamamos circunstancias o coincidencias.

El primer personaje que como heraldo entra en escena es un coronel de milica real, que viaja de la audiencia capital a la costa, en recluta de fieles vasallos para formar tropa con que ir en auxilio de Cartagena, acosada por los ingleses enemigos de España. Y conocedor de la experiencia militar, del valor personal, del conocimiento de gran parte del suelo sudamericano colonizado y del ascendiente simpático que sobre las gentes del territorio entre Riobamba y las Bodegas tenía el real tambero, cuestión fue solo de una hora de charla para decidir al fidelísimo vasallo a seguirlo como ayudante, bajo promesa de solo uno o dos meses de dejación del tambo en las diestrísimas manos de la garrida Chavela hecha ya el manejo en los frecuentes viajes de su marido; la tentación de un ascenso más en el grado militar de don Javier y, sobre todo, la gratitud de su majestad, era tan importante entonces en la tierra para un fiel vasallo como la gracia de Dios para un fiel cristiano.

Hace, pues, mutis de la escena el sargento Medrano con su coronel y entra a ocupar su sitio en el mostrador la mesonera.

Acto segundo: han pasado cuatro meses y el mesonero no vuelve. Uno que otro recluta de regreso informa que está en Cartagena; otro, que no lo ha visto; otro, que oyó que había ido a España a recibir la recompensa de las reales manos en la merced de una tenencia de corregimiento; otro, que lo había visto mal herido en el ataque pirático, y otro, en fin, que lo dejaba muy establecido, gordo, rejuvenecido y pimpante con otra señora viuda, cuya rica hacienda y honor quedaba administrado. Un caos eran los deficientes y difíciles medios comunicativos de entonces.

Si este laberinto hizo despertar la alimaña inquieta que cada mujer tiene amodorrada en la estufa de su poliandria atávica, o si ella, en la soledad mala consejera y en medio de una naturaleza que de por sí era un vaho de lujuria saturada por su exuberante fecundidad, había dado lugar y a sus oídos durante el entreacto para percibir las notas del canto del amor clandestino entre algarabía de los trinos de las aves de sus bosques, es

secreto que a veces nos lo dirá el coro de los vecinos, número infaltable de estas tragedias.

El coro confirma las sospechas. La zaragatera y coquetuela tambera, a quien la naturaleza de su negocio había desarrollado sus dotes naturales de insinuación y simpatía, había resistido triunfadora más de un audaz embate o un tesonero asedio, mientras la tranca y los recios puños de su rudo y vejante señor y dueño aparecían tras el mostrador o en la alcoba de cama ancha que era el nido de sus descansos y desasosiegos.

Pero ahora la ausencia que era indefinida, las noticias desesperantes, el demonio urgente, la moza robustez caldeante y los zarpazos y rasguños de la bestiecilla entrañera ya despierta eran azuzados desde afuera por los pinchazos, que no con la espada sino con la lengua, los ojos, las manos, los labios y los dientes le daba a diario el más grado y rico de los mozos de los contornos.

Dios hico primero al hombre

Y luego hizo a la mujer

Primero se hace la torre

Y la veleta después

Ni un día faltaba el brioso amarrado a una estaca del portal, tascando y piafando y secretando espumarajos quizá de risa, quizá de cólera, por lo que su jinete estaba haciendo adentro, allá tal vez, en la propia alcoba de la cama de dos plazas, por donde ahora no hacían molinetes los lejos puños y la tranca de don Javier de Medrano… Y los meses pasaron y llegaron hasta nueve; y la ancestral fierecilla había vuelto a adormitarse con la saciedad del hartazgo de la fruta prohibida, para dar lugar a que en otra entraña fuera despertando a la vida otra fierecilla amable cuyas palpitaciones la madre sentía, entre miedos y alegrías, en reemplazo de los anteriores lancinantes rasguños de la alimaña atávico-morbosa ya saciada y vuelta a adormecerse… Cuando…

Acto tercero: la escena del Edén siempre repetida bajo innumerables faces: tras la violación del precepto, la fuga cobarde de la serpiente; la terrible pregunta del Creador y la aparición del ángel de la flamígera espada a la puerta del Paraíso. Esta vz el Eterno habló por carta, y venía a parecerse bajo la humana forma de don Javier para hacerle la terrible pregunta:

--- Eva, ¿por qué te escondes?

--- Señor, tuve pena de haber comido del prohibido fruto; tuve pena de verme desnuda. Y me he escondido.

Acto cuarto: El Tambo, de la noche a la mañana, quedó abandonado a la servidumbre. La culpable huía de su marido, pero no podía huir de su amor, cuyo fruto llevaba palpitante en sus entrañas, pugnando ya para salir en vívido reproche y acusación, porque al natural amor llaman delito.

Huye, huye, como Eva primero, por pena, como Caín después, por miedo bajo el ojo implacable de la conciencia… y el nudo trágico se desarrolla en una balsa-posada del manso río de las Bodegas, en noche oscura y tempestuosa.

Dos o tres alaridos ahogados en un cuartucho de la balsa, un llanto como oprimido en la tierna garganta de un recién nacido; un intervalo de silencio en que solo se oye el cloc-cloc del agua que bulle en las cabezas de los palos de las balsas; pasos cautelosos luego, de persona descalza. Y un cloc… cloc… cloc… más marcado que el perenne de la corriente… esto habría oído quien hubiera tenido interés en atisbarlo. Pero como nadie lo tuvo y en la balsa todos dormían profundamente… solo al clarear el día oyeron unas carcajadas estentóreas que partían de una canoíta que, con celeridad de un torpedo, arrastraba la corriente furiosa del hinchado Babahoyo en el más acuoso de los meses de esos tremendos inviernos.

Y en la canoa no alcanzaron a distinguir sino a una mujer que bogaba desconcertada y afanosamente río abajo, río abajo. Y riendo, riendo como la estridente risa sin ritmo ni respeto de una posesa, de una histérica, de una loca.

Epílogo: la tradición popular, que es la única que ciertas cosas misteriosas averigua, dijo que Isabel había estrangulado a su hijo al darlo a la oscuridad, que fue no fue a luz, ni del candil; que luego, presa de la sugestión del mismo diablo que en esta tragedia la había hecho protagonista, desató una canoíta de las tantas acoderadas a la balsa, y que con las fuerzas, que el mismo diablo le daba a pesar de su delicado trance, bogó y bogó desesperada hasta no saber dónde, y, atacando el yerto cuerpecito del infante recién nacido y recién muerto a la piedra que de ancla servía a la canoa, lo deslizó en el agua sin más testigos que Dios: sin más protesta que el lúgubre cloc… que hizo el agua al englutirlo.

Se dice que terminada la obra del diablo, empezó la de la justicia de Dios: presa de súbita fiebre la madre criminal, se hizo loca y siguió arrastrando en su esquife como en vértigo por el río y acelerando su marcha por el canalete; solo oyó, antes de morir, una voz extraterrena que la maldijo, condenándola a buscar en esa canoíta por los siglos el cadáver de su hijo estrangulado por sus manos asesinas.

Muchos días después, unos viajeros por el río hallaron una canoíta que iba sola, a capricho de las corrientes, con una lucecita sin sostén ni abrigo a la proa. Un fuerte hedor de cadaverina se desprendía de ella; una nube de moscas extrañas en su forma y extrañas en sus zumbidos formaban un agitado todo inseparable de la canoa. Se acercaron y examinaron como se pudo, venciendo el miedo y en lo que el enjambre misterioso permitía… y en la canoa no había nada ni nadie.

La superstición y el asco dejaron al garete la canoa, y desde entonces, por más de un siglo, quizás hasta hoy, casi no hay andante nocturno por nuestros ríos de Babahoyo, Daule, Vinces, Guayas y todos sus afluentes, que no cuenten en sus reuniones haber visto alguna vez siquiera la canoíta que pasa rápida como una visión con su lucecilla en la proa, el inseparable enjambre de moscones zumbadores y una voz gemidora, tristísima, escalofriante, que lamenta incesantemente:

Aquí lo perdí, aquí lo he de hallar

Aquí lo maté, aquí lo arrojé, aquí debe estar

Es Isabel, la desdichada tambera, que anda buscando a su hijito, por permisión de Dios.